

16. La Agonía De La Revolución

Alvear en el poder

El 9 de enero de 1815 Carlos de Alvear asumió el cargo de Director Supremo, mientras la bandera española flameaba en el Fuerte, reemplazando desde hacía varios meses a la celeste y blanca como signo de la política de apaciguamiento iniciada por Posadas.

Alvear confirmó a todos los ministros del gabinete de su predecesor, como expresión de continuidad política, pero si esto satisfizo a su partido, concitó inmediatamente en su contra a todo, los partidarios de la "independencia a cualquier precio".

Las circunstancias no eran propicias al nuevo mandatario. A día siguiente de su asunción del mando su segundo, Dorrego, fue totalmente batido por Artigas en Guayabos, dejando en manos de éste toda la campaña uruguaya y agregando para Alvear un nuevo peligro a los ya provenientes de la acción española en Chile y el Alto Perú, y a la amenaza de una invasión atlántica.

La debilidad de su situación política no se le ocultaba al Director Supremo, quien apoyado por la Asamblea trató de reunir en su torno a la opinión pública, alarmándola con la exposición de los peligros de la anarquía. Con el objeto de afirmar su posición emprendió una reorganización militar, ascendiendo a un grupo de oficiales adictos y uniendo los ejércitos de Cuyo y Buenos Aires bajo su mando personal, con lo que quitaba autonomía de acción a San Martín. Aprovechando un pedido de licencia de éste —expresión de su disgusto ante la situación— le privó también del mando político, reemplazándole por Perdriel como gobernador de Cuyo.

Pero los acontecimientos que siguieron con inusitada rapidez, anularon los propósitos de Alvear.

El 30 de enero el Ejército del Norte, considerando que la Presencia de aquél al frente del gobierno no ofrecía garantía de que se continuara la lucha contra los realistas y se materializara la independencia, aprovechó el resentimiento de Rondeau contra el Director y se declaró en rebeldía, negándole obediencia a éste. Casi simultáneamente, las fuerzas vivas de Mendoza se opusieron a la designación de Perdriel y reclamaron la reposición de San Martín, con el conocimiento y la aprobación de éste. Alvear carecía de poder efectivo para imponer su voluntad y temeroso de una alianza de hecho entre Artigas, Rondeau y San Martín, optó por rever su decisión y confirmar a éste como gobernador.

Entretanto, Soler se encontraba aislado en Montevideo y prácticamente rodeado por los artiguistas, quienes pasaban ya a dominar en la Mesopotamia: a fines de enero Corrientes se pronunció por Artigas y el 1º de marzo el entrerriano Ereñú haría lo mismo en la Bajada del Paraná.

Alvear abrió negociaciones con Artigas, llamándole a la paz por intermedio de Nicolás Herrera, pero la respuesta de aquél fue la de quien está seguro de vencer: no negociaría mientras no se entregase la plaza de Montevideo. Aceptar esta pretensión significaba un gran peligro en momentos en que corrían noticias seguras de la partida de la expedición del general Morillo hacia

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

el Río de la Plata y cuando se sabía que Artigas y Otorgués habían abierto negociaciones con el embajador español en Río de Janeiro. Además, años de esfuerzos y sacrificios se habían invertido en conquistar la plaza. Pero Alvear, que veía derrumbarse a su alrededor todos sus sueños de poder, accedió y ordenó la evacuación (25 de febrero).

Todavía hizo más, pues considerando indefendible a Entre Ríos, también la evacuó, dejándola en manos de los artiguistas. Creyó Alvear que entonces el caudillo oriental accedería a la paz, pero se equivocaba totalmente. Artigas ya no aspiraba sólo a la libertad de su provincia, sino que perseguía pretensiones de hegemonía nacional, tanto personales como referidas a la imposición de un sistema que destruyera el centralismo porteño. Se trataba de una franca lucha por la dominación y Artigas no iba a ceder en el momento en que avizoraba el triunfo. Por el contrario, al ver libres sus fuerzas de las anteriores ataduras, extendió su influencia sobre Santa Fe y Córdoba.

El gobierno nacional había tratado últimamente a Santa Fe como un dique contra el artiguismo, sometiéndola a esfuerzos económicos y militares que unidos a la interrupción de su comercio con la Banda Oriental y el Paraguay, la empobrecieron notoriamente. Tampoco Alvear acertó en aplicar a Santa Fe una política de fomento económico y de autonomía política. Ni tuvo tiempo para ello. La opinión santafesina se inclinaba rápidamente por Artigas, quien se presentaba con todos los prestigios del vencedor. A fines de marzo Ereñú se posesionó de Santa Fe y a mediados de abril el propio Artigas era recibido en triunfo.

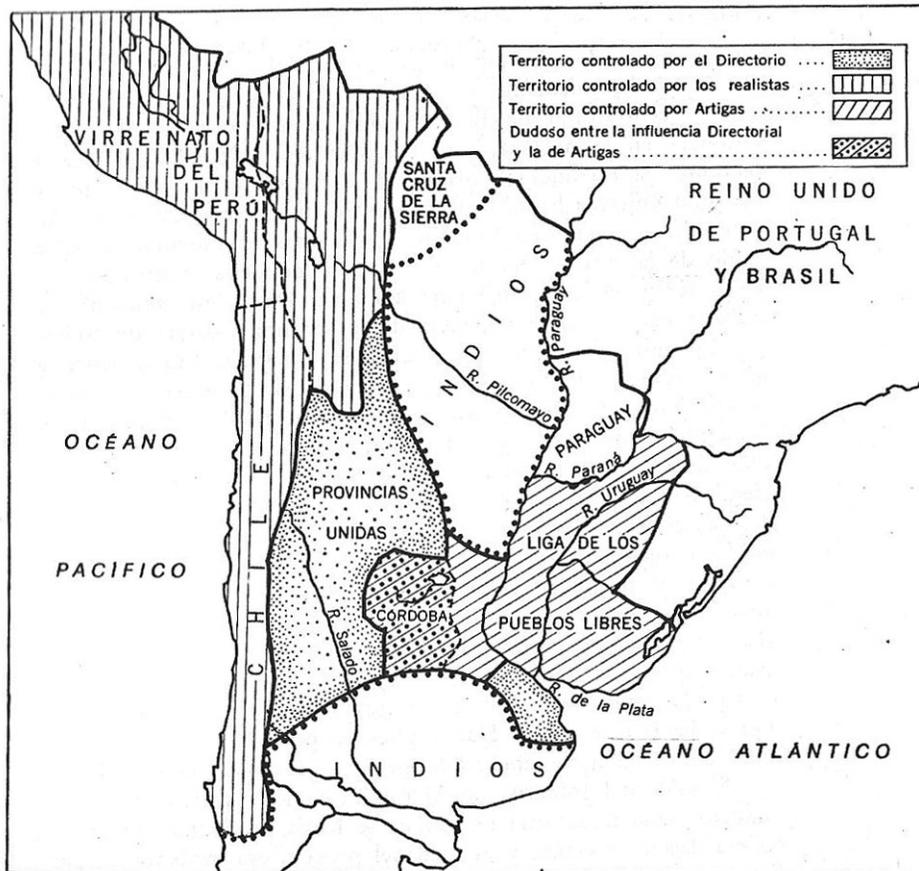
Córdoba se sentía Plenos afín a los postulados artiguistas y al estilo personal del caudillo, pero veía en él una protección contra el centralismo porteño que ya se hacía molesto. Un grupo de destacados vecinos invitó a Artigas a intervenir y éste audazmente intimó al gobernador Ortiz de Ocampo —hombre de provincia y conciliador— a abandonar el cargo en 24 horas si no quería verse atacado por sus fuerzas. Ocampo indicó como promotores de la amenaza a José Javier Díaz, Juan Pablo Bulnes y Miguel del Corro, y presentó su renuncia. El 29 de marzo el Cabildo cordobés aceptó la protección de Artigas y nombró a Díaz gobernador.

Dentro mismo de Buenos Aires se desarrollaba una sorda resistencia al Director, con quien el Cabildo porteño había entrado en franco litigio, y había observado una actitud prescindente en el conflicto con Artigas, privando así a Alvear del apoyo de las fuerzas vivas de la capital.

Ante este atolladero, Alvear —cuya capacidad política estaba lejos de tener las medidas de su ambición— dio a su gobierno el carácter de una dictadura militar. Concentró las fuerzas militares en Olivos, bajo su mando inmediato, e inició una política de opresión que produjo efectos diametralmente opuestos a los que buscaba. Una legislación represiva, arrestos, destierros y vejámenes dieron la tónica.¹

Paralelamente, la política de apaciguamiento se había transformado en franco derrotismo y despertaba fuertes sospechas en los más variados ambientes. La política alternativa de Posadas: resistencia armada y negociaciones simultáneas con España, no pareció suficiente a la facción gobernante. Nadie ha expresado más clara y dramáticamente ese clima de claudicación que Nicolás Herrera, uno de los pilares del régimen. Refiriéndose a su adhesión a la revolución emancipadora en 1810 dice:

Mapa demostrativo de las áreas de influencia de las Provincias Unidas, de la Liga de los Pueblos Libres y las sometidas al poder español hacia el año 1815.



En aquella época fui yo uno de los que creí que el continente del Sur vendría a ser muy luego una nación grande y poderosa.

Buenos Aires puso en ejecución todos sus recursos y nadie pensó que el torrente de la opinión no allanase los pequeños obstáculos que se oponían al proyecto de su independencia; pero desde el principio nuestras pasiones, o nuestros errores empezaron a paralizar su ejecución. Los partidos se multiplicaron con las frecuentes revoluciones populares; la división que pone trabas y se hacía sentir en nuestras filas, aseguró el triunfo por más de una vez a los enemigos y la necesidad de reparar los ejércitos destruidos agotaba los recursos del Estado. Los gobernadores oprimiendo los pueblos hacían odioso el sistema; las contribuciones aniquilaban las riquezas territoriales; el comercio pasó a manos extranjeras; se abandonaron las minas; la población empezó a sentir los estragos de la guerra; y en esta continuación calamitosa las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, hacían la última demostración de que la América en su infancia no tiene Estado para constituirse en nación independiente. No hubo a la sazón un solo hombre de juicio que no perdiese todas sus esperanzas, y hasta los más ambiciosos rehusaban tomar parte en la administración del gobierno porque todos veían la imposibilidad de mantener el sistema. En tan aparente situación no queda otro recurso que reparar los quebrantos del modo más posible, y tomar una actitud imponente, no

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

para llevar adelante una independencia quimérica, sino para sacar un partido ventajoso que ofreciesen las diligencias ulteriores.²

Alvear había caído en similar pesimismo y no es raro entonces que haya avizorado dos variantes a la política diplomática de Posadas: la posibilidad de un acuerdo con Portugal que pusiera a salvo al país de una venganza española, y aun la conveniencia de someterse al dominio de Inglaterra, a cuyo efecto envió a Manuel José García a Río de Janeiro a fines de enero.

Pero mientras éste se preparaba a dar los primeros pasos de su infausta misión, la situación de Alvear en Buenos Aires se volvía insostenible. Optó entonces por el único camino que le quedaba: sólo una victoria militar podía alterar la situación a su favor y devolverle el poder perdido. Decidió apoderarse de Santa Fe, a cuyo fin envió una división al mando del coronel Álvarez Thomas, a la que debían seguir otras fuerzas.

Para desgracia suya, la solución era tardía. La resistencia había ganado cuerpo dentro del propio ejército en que pretendía apoyarse. Al llegar a Fontezuela, el 3 de abril de 1815, Álvarez Thomas, de acuerdo con sus oficiales, decidió pronunciarse contra el Director Supremo y proclamar el fin de la guerra civil.

El Manifiesto de los sublevados a la vez que expresa las tendencias del movimiento muestra hasta qué punto la conducta de la facción alvearista había irritado a sus adversarios. La presión acumulada en los cortos meses de su gobierno estalla en los términos del Manifiesto: la tratan de "facción aborrecida" que se había apropiado del patrimonio del Estado y que tiranizaba al resto de sus compatriotas, de "administración corrompida" que ahora pretendía reanudar una desgraciada guerra civil y se comprometían a no obedecer al gobierno mientras estuviese presidido por Alvear o alguno de los suyos. Junto, al ademán localista —las tropas que mandaban eran "privativamente de la provincia de Buenos Aires"— se advierte el gesto de alcance nacional: poner fin a la guerra fratricida y concurrir todos al esfuerzo contra el enemigo común. A la vocación compartida por las autonomías locales se agregaba la voluntad de vencer a los realistas y alcanzar la independencia. Por encima de las circunstancias anecdóticas, éstas son las dos características básicas del movimiento: federalismo e independencia.

El centralismo de Buenos Aires se había justificado hasta entonces en la necesidad de conducir en forma homogénea y ortodoxa la revolución emancipadora. Pero una crisis de fe en ese gran objetivo había generado entre sus propios hombres a los heterodoxos de la claudicación. La bandera revolucionaria había caído de las manos de Buenos Aires y con ella la necesidad y el pretexto de la dominación capitalina. Desde ese momento la marcha hacia la independencia debía ser una marcha de todos.

El movimiento de sublevación se expandió rápidamente a otros cuerpos militares. Alvear, fuera de sí, quiso resistir, pero sus propios seguidores le instaron a renunciar. Así lo hizo, pero pretendió conservar el mando militar, lo que revelaba su intención de recuperar el poder. Pero el 15 de abril el Cabildo, haciéndose intérprete de la opinión general, le reclamó la entrega del mando de armas y asumió el gobierno de la provincia. Alvear perdió completamente el control y pretendió entrar en la ciudad a sangre y fuego. El Cabildo pidió auxilio a Álvarez Thomas, quien bajó hacia la capital a

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

marchas forzadas, declarando a Alvear "reo de lesa patria". En medio de una tensión imposible, éste, a quien ya nadie seguía, aceptó el consejo de sus amigos y bajo la garantía de los vencedores, se embarcó en una nave inglesa hacia el exterior. Había ofrecido poner todo el país bajo la bandera británica y ahora ésta, benigna, protegía sólo su cabeza.

El saldo del gobierno de Alvear era nefasto: bajo la aparente concentración dictatorial del poder se había producido una verdadera descomposición, y al final del proceso era evidente que el Estado estaba desintegrado. La Banda Oriental, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe se habían declarado provincias independientes. Córdoba había aceptado la protección de Artigas. Buenos Aires misma reclamaba su libertad de acción provincial exaltada por su Cabildo y "sus tropas". El ejército del norte se autogobernaba apoyado en las provincias del noroeste y Cuyo constituía la base de poder de otro jefe y otro ejército.

El movimiento triunfante tenía dos opciones: ir hacia una confederación incoherente con Artigas, o con San Martín hacia la organización de la nación unida en la lucha por la independencia. Reconocía concomitancias con ambas tendencias y debía elegir su camino.

El problema oriental

El estado agónico por el que pasó la revolución durante el gobierno de Alvear no puede comprenderse cabalmente si no se examinan la situación de la Banda Oriental y sus relaciones con el gobierno central por una parte y los vaivenes de la lucha militar contra los realistas por la otra.

Recordará el lector que desde los primeros años de Montevideo existió entre esta ciudad y Buenos Aires una rivalidad en el plano económico que siguió manifestándose hasta el siglo siguiente. Las invasiones inglesas agregaron a esta emulación una rivalidad de prestigios y agravios por supuestas ingratitudes. Entre estos resentimientos más o menos velados, nació la Junta de Montevideo de 1808 que desconoció la autoridad del virrey Liniers. El reconocimiento del Consejo de Regencia en 1810 y la consiguiente resistencia a la Junta de Buenos Aires crearon en Montevideo el hábito de un gobierno no dependiente del de la capital.

Al producirse la revolución de mayo el común espíritu de resistencia a los "mandones peninsulares" originó una corriente de simpatía hacia los revolucionarios, que se manifestó con mayor libertad en la campaña. Algunos jefes militares se adhirieron a la Junta patria y esta buena disposición y el alzamiento espontáneo de varios distritos rurales fueron acogidos con entusiasmo por la Junta. Belgrano, de regreso del Paraguay, encomendó a los jefes orientales la responsabilidad de expulsar a los realistas de la campaña.

La luna de miel con el gobierno de la capital se prolongó hasta que éste firmó con Elío el armisticio de 1812. José Gervasio de Artigas, el principal de los oficiales uruguayos adheridos a la revolución, consideró que había sido abandonado por Buenos Aires. El éxodo del pueblo oriental que siguió, fue una expresión de repulsa al armisticio.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Sin embargo, Artigas se mantuvo fiel al gobierno central y al concluir el armisticio volvió a su territorio investido por el Triunvirato con el cargo de jefe militar de los orientales. El afán centralizador del gobierno originó el nombramiento de un comandante supremo —Manuel de Sarratea— porteño y miembro del Triunvirato.

Sarratea no pudo coonestar su nombramiento con una capacidad militar de que carecía. Contradiendo las instrucciones del gobierno se enfrentó con Artigas, y a partir de ese momento el deterioro de las relaciones con el jefe oriental —cuyo predicamento entre sus paisanos crecía día a día— fue progresivo y alcanzó su punto máximo cuando Sarratea lo declaró traidor. Las actitudes del jefe porteño provocaron el amotinamiento de sus propios oficiales, entre ellos José Rondeau. Buenos Aires optó por quitar del medio a Sarratea y reemplazarlo por aquél, que era oriental y estaba en buenos términos con Artigas. Pese a la insistencia del gobierno central en no conceder al caudillo el mando supremo, la situación prometió mejorar rápidamente.

La convocatoria a la Asamblea General Constituyente dio margen a nuevas disputas. El gobierno central determinó el modo de elección de los diputados, pero sin fijar su número. Ante esta convocatoria Artigas reunió en Tres Cruces un Congreso (3 de abril de 1813) para decidir si se reconocía o no la autoridad de la Asamblea General. Este Congreso resolvió que se reconocería la Asamblea bajo ciertas condiciones: que se rehabilitara a Artigas, que se aceptara la confederación de esa Banda con las demás Provincias Unidas y que se elevara la representación de la Banda Oriental a seis diputados, que el Congreso acababa de designar.

El gobierno central no hizo cuestión de la rehabilitación de Artigas ni del número de diputados, pero la Asamblea rechazó sus diplomas por cuanto la elección había sido irregular, no proviniendo de un acto electoral directo y con participación de los vecinos, como disponía la convocatoria. Detrás de este fundamento formal —que era cierto— se levantaba la reluctancia y la imposibilidad de recibir a unos diputados que empezaban por condicionar su aceptación de la Asamblea a la determinación previa del régimen constitucional del Estado que la propia Asamblea debía establecer en sus sesiones. Por último la facción alvearista debe haber temido la presencia de unos representantes que unidos a los miembros sanmartinianos de la Logia podía ofrecerle seria resistencia.

En definitiva, la Asamblea rechazó los poderes de los diputados —no a éstos— por los vicios de su elección. Los diputados pidieron nuevos poderes a Artigas, y si bien éste dio instrucciones para que la elección fuese ratificada, sospechó que se atentaba contra los derechos de su provincia. Se dirigió entonces al gobierno de Asunción invitándolo a una alianza contra la prepotencia porteña. Estos pasos y otros posteriores del caudillo no facilitaban un acuerdo, pero al fin Artigas convino con Rondeau en elegir nuevos diputados, a cuyo fin se reunió un nuevo congreso oriental en Capilla Maciel (8 de diciembre). Los congresales se disgustaron con el caudillo por la pretensión de éste de darles instrucciones verbales previas y designaron un Triunvirato con facultades de gobernador intendente para regir la provincia, reconociendo la Asamblea General y designando diputados a ella.

La reacción de Artigas fue violenta. Atribuyó la actitud independiente de los diputados a la influencia de Rondeau y desconoció la nueva elección, declarando, por sí, nulo lo resuelto en el congreso y “reasumió” el gobierno de la provincia.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Después de esto, la armonía con Buenos Aires parecía imposible. Al mismo tiempo la influencia de Artigas se extendía entre los hacendados y hombres de milicia de las provincias litorales. Buenos Aires designó allí jefes enérgicos que reprendieran las actividades de los que llamaba "anarquistas". Supo Artigas además que la Asamblea pensaba unificar el Ejecutivo nacional favoreciendo la centralización y vio en ello la tumba de su añorada confederación. Se enteró también de que enviados del gobierno nacional gestionaban en Río de Janeiro un segundo armisticio con los españoles sitiados en Montevideo. Estos dos motivos inspiraron una acción de muy graves consecuencias. El 20 de enero de 1814, Artigas, al frente de casi 3.000 hombres, se retiró del sitio de Montevideo, dejando a Rondeau en una difícil situación.

El rompimiento fue entonces definitivo. Tal vez Artigas quiso evitar que los porteños se apoderaran de Montevideo y disputaran así su control de la provincia y prefirió esperar la situación en que éstos abandonaran la Banda Oriental y entonces posesionarse él de la ciudad, pues, como dijo una vez, no luchaba contra la tiranía española para verla reemplazada por la tiranía porteña. Pero lo cierto es que su abandono del sitio a la vista del enemigo pudo haber ocasionado una catástrofe si éste hubiera sido más capaz y resuelto y fue vista con desagrado por el gobierno nacional.

El panorama se complicaba por las tendencias de Artigas a imponer su sistema confederado al resto del país, lo que condujo a un estado de guerra civil en Entre Ríos y Corrientes que fue contrario a las armas nacionales. Para ser dominada la situación se requería en el gobierno central mucho tacto o mucha fuerza. Y Posadas, recién llegado al poder, no tenía ni lo uno ni lo otro.

En un raptó de indignación dictó el decreto del 11 de febrero de 1814 en el que declaró a Artigas infante, traidor a la patria, fuera de la ley y privado de sus empleos y puso precio a su cabeza. El Directorio carece de fuerza para hacer cumplir este decreto brutal, por lo que el acto resultaba inocuo e impolítico.

El sitiado Vigodet quiso capitalizar la situación a su favor y abrió negociaciones con Artigas. Este no las aceptó, pero mantuvo la puerta abierta para llegar a un acuerdo que le entregara Montevideo o le diera libertad de acción para luchar con todo su poder contra Buenos Aires. Por eso, mientras proclamaba su voluntad de luchar "contra todos", su segundo Otorgués contemporizaba con las fuerzas españolas y le franqueaba auxilios a la escuadrilla realista.

La situación, aparte de su incidencia local, perturbaba seriamente el esfuerzo de guerra contra los españoles, por lo que Posadas se vio obligado a volver sobre sus pasos y buscar un arreglo con Artigas, que éste, por supuesto, rechazó contundentemente.

Sólo le quedaba al Director apresurar la conquista de Montevideo, cuya importancia ya hemos señalado para su política de acercamiento a España. Encomendó esa tarea a Alvear en momentos en que Otorgués también negociaba con Vigodet la entrega de la plaza. Alvear neutralizó la negociación haciéndole creer a Otorgués que le entregaría la plaza y tomó la dirección de las negociaciones que condujeron a la capitulación de Montevideo el 21 de junio de 1814.

Otorgués, mientras tanto, se acercó con sus fuerzas a Montevideo, creyendo participar en su conquista, pero Alvear, dueño ya de la ciudad, le atacó por sorpresa y le deshizo en Las Piedras

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

(25 de junio). Inmediatamente, el Triunvirato constituido por el Congreso en Capilla Maciel, que podía haber sido la base de una aproximación del Directorio a ciertos sectores orientales menos sensibles a los prestigios de Artigas, fue disuelto y reemplazado por un gobernador designado por Posadas —Nicolás Rodríguez Peña—. Este nuevo error político del grupo gobernante le enajenó la simpatía de los elementos moderados uruguayos.

Desde entonces, la política de Artigas y Posadas consistió en un juego político recíprocamente sucio, que buscaba ganar tiempo y mejorar posiciones para destruir al adversario. Dentro de esta línea entra el convenio del 9 de julio de 1814, en que el Director se comprometía a desagaviar a Artigas y éste a aceptar al Directorio y la Asamblea. Aunque Artigas ratificó el convenio y Posadas dictó el decreto de desagravio, ninguno pensó en cumplirlo seriamente. Fue así como el 25 de agosto Posadas calificaba en un documento oficial a Artigas de "desnaturalizado" y en setiembre reanudaba la guerra civil. Esta revistió entonces una violencia desconocida que llegó al fusilamiento de algunos de los jefes vencidos en ambos bandos. La guerra favoreció en definitiva a Artigas y condujo al año siguiente a la evacuación de Montevideo, ya comentada. En lo que atañía a la Banda Oriental exclusivamente, Artigas había vencido.

La guerra por la independencia

La reacción realista llevó a la revolución a la necesidad de afirmarse por medio de las armas. La resistencia de Montevideo, el rechazo de Asunción y la respuesta de Lima anexando las intendencias del Río de la Plata al virreinato del Perú hasta que se restableciese la autoridad virreinal en Buenos Aires, configuraron un enfrentamiento que debía resolverse no sólo por vías políticas y diplomáticas, sino recurriendo al último argumento de la política: la fuerza de las armas. Así lo comprendieron los promotores de la revolución desde el primer momento cuando dispusieron el despacho de expediciones auxiliadoras destinadas, además de asegurar la libertad de los pueblos para adherirse a la revolución, a sofocar o contener, según el caso, la reacción armada de los que a partir de entonces se denominaron realistas.

La guerra así desencadenada duró catorce años, durante diez de los cuales su conducción política correspondió al gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata. En los últimos años el eje de la conducción se transfirió a Chile y Perú y finalmente a lo que para sintetizar llamaremos la conducción bolivariana.

Ambos bandos enfrentaron la guerra con un criterio continental. Los centros de la acción revolucionaria fueron dos: el Río de la Plata y Venezuela. El centro de poder realista fue indudablemente Lima. Eso explica que todas las acciones de la guerra de la independencia se resuman, desde el punto de vista americano, en luchas para consolidar esos centros revolucionarios y luego en una marcha concéntrica desde el norte y el sur hacia el Perú para reducir el baluarte realista.

Para el foco sur de la acción revolucionaria, cuyo centro de gravedad era Buenos Aires, los centros del poder militar realista que le amenazaban formaban una especie de cinturón que le rodeaba por el este, el noreste y el norte, felizmente cortado hacia el oeste por la adhesión de Chile al sistema

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

revolucionario. De estos centros de poder, el menos importante era el del noreste, constituido por la Intendencia del Paraguay, tanto por sus recursos propios, como por las escasas posibilidades de comunicación con los otros centros de poder realista. Constituía, pues, un frente de guerra secundario. El Alto Perú, por sus recursos y por la intermediación al virreinato del Perú, constituía el frente militar más importante y donde los realistas podían acumular el máximo de poder militar disponible. Era el camino de acceso más factible hacia el corazón del territorio revolucionario. En cuanto a Montevideo, constituía una seria amenaza contra Buenos Aires tanto por su proximidad como por la disponibilidad de fuerzas navales de las que los revolucionarios carecían. Además, mantenía abierta la comunicación con España, lo que podía constituir un peligro tremendo en el momento que la metrópoli pudiera liberarse de la invasión napoleónica y disponer de fuerzas militares para la guerra americana.

Frente a esta situación los jefes revolucionarios adoptaron una actitud estratégica ofensiva, sobre los tres frentes, tratando de arrebatar el Alto Perú a los realistas y de aniquilar la resistencia de estos en Paraguay y Montevideo. Establecido su dominio sobre todo el Virreinato, proyectaban avanzar sobre el Perú. La impasibilidad de la revolución chilena para dominar la resistencia realista en su territorio impidió inicialmente concebir una acción combinada sobre el Perú desde el Alto Perú y Chile. Posteriormente, cuando los realistas dominaron en Chile 1814— tales planes fueron imposibles, hasta que con la creación de un nuevo núcleo militar en Cuyo se pudo operar primero sobre Chile y luego desde allí hacia el Perú, plan que materializó San Martín cuando ya habían desaparecido el frente paraguayo (1811) y el montevidiano (1814) y había quedado demostrada la impotencia de la revolución para dominar militarmente el Alto Perú.

La postura estratégica de los realistas fue defensiva en los frentes secundarios y ofensiva en el Alto Perú, que se transformó así en el teatro de guerra más activo y reñido. Cuando dominaron Chile en 1814 adoptaron también una actitud defensiva, que sólo tardíamente se transformó en ofensiva (1818) y los condujo al fracaso final. A partir de entonces la iniciativa estratégica correspondió a los patriotas, que concentraron sus esfuerzos en un solo frente y obtuvieron la victoria. Simultáneamente, en el sector norte del continente, Bolívar y sus lugartenientes habían liberado Venezuela y Colombia (batallas de Carabobo y Boyacá), lo que permitió el movimiento concéntrico sobre el Perú.

Conviene destacar cuáles fueron las condiciones generales en que se desarrolló esta guerra. Tanto realistas como patriotas estuvieron limitados a los recursos que proveía el continente sudamericano. Los patriotas sólo contaron con el recurso de la importación de armas en cantidades limitadas y la compra de buques para compensar su inferioridad naval. Los realistas, que teóricamente deberían de haber dispuesto de recursos muy superiores, los vieron tremendamente limitados por la guerra metropolitana de España contra los franceses, que insumió todas las energías de la Península hasta principios de 1814, por la lejanía de su base de poder, agravada por la falta de fuerzas marítimas. Si bien en relación a los revolucionarios la superioridad naval de los realistas era grande, su poder naval había sido liquidado en 1804 (Trafalgar) y carecía del potencial necesario para asistir oportunamente a las fuerzas en América y para liberarse de las interferencias diplomáticas inglesas; debido a ello los auxilios metropolitanos fueron generalmente escasos y tardíos.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

La situación de los beligerantes se complicaba con la diversidad de los teatros de operaciones, que no sólo obligaba a la división de sus escasos recursos, sino que presentaban características geográficas y climáticas distintas, que imponían variadas exigencias a los hombres y al material de guerra. No era lo mismo luchar en las planicies de la Banda Oriental que en los bosques y selvas paraguayos o en la altiplanicie montañosa del Alto Perú. Las diferencias climáticas incidían en la salud y la capacidad de marcha del soldado, muy diferentes en uno y otro teatro, y también en el abastecimiento del ejército (dificultades de transportes, provisión de caballadas, abundancia o escasez de pastos, etc.).

Los ríos constituían normalmente obstáculos serios al movimiento de las tropas tanto por la inexistencia de puentes como por la falta de ingenieros y pontoneros. Debían cruzarse por los vados, cuando los había, o de lo contrario a nado o en balsas construidas en el lugar. Pero si esta abundancia de agua resultaba un problema, mucho mayor era la escasez de ella, tanto en la travesía de las zonas áridas como en los períodos de sequía en las zonas húmedas. En esos casos la existencia de aguadas determinaba la dirección y duración de las marchas y hacía posible la subsistencia de las caballadas.

Estos factores climático-geográficos limitaban generalmente las operaciones al lapso comprendido entre octubre y abril.

Otro factor que perturbaba las operaciones era la falta de cartas militares adecuadas, por lo que los comandantes debían valerse con gran frecuencia de baqueanos que orientaban la marcha de las tropas, lo que muchas veces creaba serios problemas, pues las rutas no se adecuaban a las necesidades militares.

Por fin las distancias de los teatros de operaciones a las bases de poder militar eran enormes: de Buenos Aires a Humahuaca dos mil kilómetros, de Humahuaca a Huaqui aproximadamente 1500, de Huaqui a Lima algo menos, pero a través de varias cordilleras. De Buenos Aires a Asunción había más de mil kilómetros. La distancia de Buenos Aires a Montevideo era escasa utilizando la línea fluvial por Colonia del Sacramento, pero la ruta habitual era por Santa Fe y Concepción del Uruguay, lo que cuadruplicaba las distancias.

Veamos un poco en detalle estos teatros de operaciones para mejor comprender una guerra que habitualmente se nos presenta en forma meramente cronológica. La zona apta para operaciones militares en el Alto Perú estaba limitada por el río Desaguadero y la cordillera oriental por el oeste, y las cordilleras de La Paz y Cochabamba y la sierra de Aguarague y sus prolongaciones por el este. La altura del terreno oscilaba entre 2.000 y 4.000 metros, siendo las cordilleras frías y los valles templados. El apunamiento era frecuente en el soldado proveniente de zonas bajas.

Esa región se comunicaba con las provincias argentinas por tres rutas: el camino del despoblado que por la quebrada del Toro llegaba a Salta (ruta oeste), un camino que por Tarija iba a Orán y de allí a Jujuy (ruta este) y otro que partiendo de Anta seguía por Humahuaca hasta Jujuy (ruta central). Esta última era la única practicable normalmente para los ejércitos, aunque muy apta para operaciones defensivas. Más al sur, en Salta y Tucumán, el terreno lo forman serranías y bosques menos apropiados para la defensa pero útiles para operaciones de guerrilla.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Las provincias altoperuanas eran ricas en población y medios de abastecimiento. Podían constituir una base firme para un ejército que lograra asentarse en la zona. Potosí tenía 200.000 habitantes, Charcas 120.000 y Cochabamba 70.000, poblaciones todas muy superiores a las de las regiones de Salta y Jujuy.

Este teatro de operaciones era más apto para la infantería, aunque la caballería podía ser bien utilizada en ciertas zonas.

Totalmente diferente era el teatro paraguayo y mesopotámico. Zona de lluvias abundantes, proliferaban los cursos de agua y los bañados o esteros, que formaban barreras naturales de importancia, sin contar los ríos principales, Paraná y Paraguay, que exigían verdaderos esfuerzos para ser franqueados. El clima tropical afectaba a la gente del sur. El acceso al Paraguay desde Buenos Aires era efectuado normalmente costeando el Paraná por el oriente y entrando al Paraguay por Paso de la Patria o costeando el Uruguay por la margen occidental y penetrando en Paraguay por Itapúa. Ambos recorridos tenían el inconveniente de cruzar numerosos cursos de agua por la proximidad de sus desembocaduras. Esta dificultad explica el recorrido elegido por Belgrano, en parte no menos azaroso.

La Banda Oriental presentaba, en cambio, el terreno y el clima más familiar para el hombre de las pampas argentinas. Pero su aprovechamiento militar exigía disponer de fuerzas navales. Con éstas se podía arribar al Uruguay por la costa entre Punta Gorda y Colonia, pero si se carecía de buques, como ocurrió hasta 1814, era necesario utilizar el camino de Santa Fe, cruzando Entre Ríos por Villaguay o El Tala hasta Arroyo de la China (hoy Concepción del Uruguay). A diferencia del Alto Perú y del Paraguay, era ésta una zona especialmente apta para la caballería, que fue el arma dominante en este teatro de operaciones, caracterizada por una guerra de movimientos rápidos. La ciudad de Montevideo era una plaza medianamente fortificada, por lo que las operaciones contra ella se limitaron a maniobras de asedio.

Para el mejor abastecimiento de los ejércitos patrios se constituyeron fuera de Buenos Aires algunos centros secundarios de abasto de armas y equipos: en Tucumán primero y en Mendoza después. Pero el grueso de todas las provisiones, excepto la alimentación, provino principalmente de la capital. La manutención de las tropas provenía, e igual ocurría con las fuerzas realistas, del lugar donde operaban los ejércitos, salvo en las travesías de zonas desérticas, que eran excepcionales. Como la carne era la alimentación básica, se utilizaba el ganado lugareño.

La caballada era un elemento básico para la movilidad de la tropa y el combate. Los equinos se recogían principalmente en la llanura bonaerense o santafesina, en Entre Ríos y la campiña oriental y también en las provincias norteañas. La fuente era abundante, pero el mal trato, las exigencias de las marchas y la falta de pastos provocaban el rápido agotamiento de las caballadas, que debían ser reemplazadas con una frecuencia asombrosa, y a falta de ello, la tropa quedaba de a pie.

El bagaje y provisiones del ejército se transportaban en carretas tiradas por bueyes, pero muy frecuentemente se prefería la carga en mulas, para mantener una mayor velocidad de marcha. A falta de mulas se usaban asnos, necesitando tres de éstos para reemplazar una de aquéllas.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Los arneses y monturas eran casi totalmente de producción nacional. También lo era el vestuario en su gran mayoría, aunque se acostumbró importar botas y ponchos del exterior. Como regla general, las necesidades excedieron la producción, lo que impidió casi siempre constituir un arsenal de reserva de proporciones útiles.

Las armas blancas eran producidas en el país, y a poco se montaron en Buenos Aires, Tucumán y Mendoza fábricas de fusiles y carabinas, pero su producción fue muy escasa y de mediocre calidad. En materia de armas de fuego, la revolución dependió principalmente de la importación, especialmente norteamericana e inglesa, lo que significó una permanente escasez de aquéllas y una calidad inferior, ya que las mejores armas no se exportaban. Desde 1812 se montó una fábrica de cañones en Buenos Aires, y como el parque artillero existente desde la época virreinal era relativamente abundante y la utilización de la artillería escasa, no hubo mayores dificultades en esta arma.

No podemos hacernos una idea acabada de las características de la guerra de aquella época si no recordamos las condiciones de las armas de entonces. Los fusiles eran de chispa y cargados por boca, tenían un alcance máximo de 200 metros y útil de poco más de 100 metros. Dadas las dificultades de su carga, la velocidad de tiro de una infantería bien instruida no pasaba de tres disparos por minuto. Si se compara con el alcance del fuego, se comprende que para detener una carga de infantería los defensores no llegaban a efectuar cinco disparos por hombre, por lo que el combate cuerpo a cuerpo era casi inevitable. Por esto todos los infantes iban armados con bayoneta. Era lógico, pues, que en este género de combate se confiase más en el poder de choque que en el poder de fuego.

La caballería iba armada de sable y carabina o tercerola. La lanza era también utilizada, aunque en el primer momento fue resistida por las tropas de línea, y Belgrano y San Martín debieron hacer buenos esfuerzos para imponerla. La caballería miliciana o irregular utilizaba también el lazo y las bolas.

La artillería contaba principalmente con cañones de hierro y avancarga. El cañón de bronce era casi desconocido. Se los montaba sobre cureñas de madera y se los llevaba arrastrados por mulas en la llanura o desarmados y a lomo de animales de carga en la montaña. Los calibres no pasaban de cuatro o seis libras³ y era excepcional el de ocho. El alcance útil de sus disparos era de unos 1.000 metros y su velocidad de tiro era de uno cada dos minutos. Cuando la infantería estaba muy cerca se disparaban tarros de metralla, que llegaban hasta los 400 metros y eran recipientes llenos de trozos de metal, clavos, etc.

Las fortificaciones casi no existieron y su influencia fue poco menos que nula. La ciudadela de Tucumán fue más bien un campo fortificado que una fortificación propiamente dicha (1814). En Ensenada existió un fuerte con una carencia casi total de defensas que el enemigo nunca atacó. Similar fue la situación de Colonia en poder de los realistas. En Martín García no existieron fortificaciones, sino una simple batería. Excepciones a la regla fueron Montevideo, Talcahuano y El Callao. Aunque el estado de las defensas de Montevideo dejara mucho que desear desde el punto de vista europeo, eran lo suficientemente sólidas como para impedir el asalto de un ejército sitiador que careciera de artillería pesada.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

El reclutamiento de las tropas era mixto: voluntario cuando el lugar de residencia estaba amenazado o el clima de opinión era favorable a la revolución, o de lo contrario, obligatorio, por medio de levas de vagos, malentretidos y delincuentes. También se libertaron esclavos bajo la condición de cierto tiempo de servicio en el ejército, constituyendo los negros muy buenos soldados de infantería. No existían sistemas orgánicos de conscripción, lo que no es de extrañar, ya que era un recurso nuevo en la misma Europa y resistido en más de un país.

Las tropas se dividían en las tres armas clásicas, pues no existían unidades de pontoneros ni ingenieros. Casi en seguida de la revolución de mayo los batallones de infantería de Buenos Aires fueron elevados a la condición de regimientos de 1.100 plazas, divididos en dos batallones de ocho compañías cada uno; ⁴ pero esta organización fue puramente nominal y nunca se llegó a contar con este total de plazas en un regimiento patrio. Los regimientos de caballería contaban con dos o tres escuadrones de tres compañías cada uno. Nominalmente debían contar unos seiscientos hombres, pero tampoco alcanzaron normalmente esta cantidad. Si bien existían cuerpos de artillería, no concurrieron nunca al combate como tales, sino fraccionados. Fue excepcional que un ejército revolucionario contase con más de diez piezas de artillería.

Si se tiene esto presente y se le agrega la necesidad de atender simultáneamente a varios frentes de guerra y además proveer a la defensa de la capital, que podía ser atacada por mar, se comprende que las tropas acumuladas en cada teatro de operaciones hayan sido muy modestas y que nuestros llamados ejércitos nunca excedieran la fuerza de una división europea.

Esto incidía en los métodos tácticos, pues tamaña escasez unida a las grandes distancias operativas no permitía poner en acción más que una fuerza por frente, lo que excluía la técnica de la concentración de fuerzas, practicada en forma novedosa por Napoleón y que imitada por sus adversarios les diera la victoria de Bailén en España, de Leipzig en Alemania y de Waterloo en Flandes. Las campañas se limitaban así a operaciones lineales, donde una sola división avanzaba o retrocedía sobre su objetivo, y llegado el momento lo atacaba por el frente, flanco o retaguardia. Sari Martín en el paso de los Andes y Belgrano en la campaña de Vilcapugio constituyeron excepciones a este principio.

Esta manera de operar, común a las fuerzas realistas que se encontraban en las mismas condiciones de número y equipo, hizo que los esquemas tácticos y estratégicos fueran muy simples.

Las fuerzas avanzaban —siempre que el terreno lo permitiera— en columnas paralelas que facilitarían el despliegue de combate.⁵ Era costumbre utilizar un cuerpo de vanguardia muy avanzado que hacía las veces de protección del cuerpo principal y de servicio de descubierta. La exploración era muy rudimentaria y generalmente de corto alcance. Se efectuaba por partidas montadas y "bichadores", y a veces se utilizaba la información de los desertores del adversario. Además ambos bandos utilizaban un espionaje elemental pero muy activo.

En consecuencia las operaciones "de sorpresa" eran bastante factibles y se recurrió a ellas con frecuencia, utilizándose las marchas nocturnas o las diurnas forzadas.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

El dispositivo usual de combate era lineal: la caballería en las alas, la infantería al centro y la artillería intercalada entre la infantería, a veces erróneamente dispersa y otras veces formando batería. En segunda línea se formaba una reserva de varias armas.

Se atacaba en formaciones compactas, al estilo europeo de la época, y se llegaba al asalto de la línea. El choque de infantería era casi siempre contra una línea pasiva —excepción hecha de Vilcapugio—. Esta pasividad del defensor de la posición llegaba a veces al extremo de no aprovechar las dificultades del atacante mientras tomaba la posición de asalto (v. gr. Ayohúma). Se buscaba deshacer la línea adversaria con un ataque frontal de infantería y envolverla por las alas con un ataque más o menos simultáneo de la caballería. La utilización de la artillería solía ser deficiente y se entraba en combate general sin buscar la creación de un centro de gravedad en la batalla. El uso de la reserva no fue siempre feliz, estando a veces excesivamente cercana a la primera línea, lo que hacía imposible utilizarla en caso de derrumbarse ésta.

Los problemas y las prácticas operativas que hemos señalado se veían complicados en el bando patriota por la deficiencia de la conducción militar.

En efecto, eran escasos en los medios revolucionarios los oficiales de carrera (v. gr. González Balcarce, San Martín, etc.). Desde las invasiones inglesas se procedió a incorporar a los batallones urbanos —origen de nuestro posterior ejército de la independencia— un núcleo de civiles con grados de capitanes y sargentos mayores (v. gr. M. Rodríguez, Belgrano) entre los cuales se extrajeron los jefes de batallones con grados aun superiores (Saavedra, Pueyrredón). A esta peculiar formación de una clase militar se agregaron los ascensos a saltos o por necesidad en los primeros momentos de la revolución. En consecuencia la oficialidad careció de una formación técnica adecuada; las academias militares creadas por Pueyrredón en 1811 y San Martín en 1814 tuvieron una vida efímera. Los oficiales debieron tomar la dirección en forma prematura, sin tener experiencias militares ni la escuela de jefes de carrera. Así se frustraron muchas capacidades que de otro modo habrían tenido un desarrollo favorable.

No obstante, el papel que desempeñaron nuestros mandos ante sus rivales realistas, todos oficiales de carrera, estuvo lejos de ser deslucido. San Martín habría de imponer su capacidad técnica y aptitud organizativa en el segundo lustro revolucionario formando una verdadera escuela para el ejército argentino. Pero ya en el período 1812-14 las exigencias disciplinarias y la vocación de aplicación de Belgrano constituyeron otra vertiente auténtica de formación militar que sólo fue debidamente valorada cuando este jefe estuvo ausente del frente norte.

Como virtudes, nuestros jefes exhibieron una permanente tendencia a la ofensiva estratégica y táctica, a veces inoportunamente. Como defectos, se falló con frecuencia en la coordinación de las tres armas y en la concentración táctica de las fuerzas.

Si los altos mandos realistas no demostraron mayor superioridad, contaron en cambio con la ventaja de un mejor encuadramiento de las tropas, pues dispusieron de oficiales con mejor formación técnica, más disciplina y veteranía.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

En materia naval, hasta 1814 el único teatro de operaciones fue el río de la Plata y sus afluentes Paraná y Uruguay. Reservado a naves de calado medio y menor, ni los realistas recibieron refuerzos de España ni los patriotas dispusieron hasta aquel año de una escuadra digna de llamarse tal. El intento de 1812 se frustró totalmente en el combate de San Nicolás y apenas en 1814 se encargó a Guillermo Brown la organización de una fuerza naval. Los medios materiales y humanos eran escasos y se recurrió a marinos extranjeros y aun en la marinería los criollos no fueron demasiados. Brown resultó un buen organizador y aunque marino mercante demostró gran capacidad guerrera, como se evidenció en la decisiva batalla de El Buceo.

Digamos ahora algo sobre las campañas, en particular las que tuvieron lugar entre 1810 y principios de 1815.

En 1810 el propósito de las operaciones militares fue asegurarse el control del Alto Perú y del Paraguay y reducir a obediencia o neutralizar la plaza de Montevideo. Se produjo así la dispersión de los escasos recursos militares disponibles. El mayor esfuerzo se hizo hacia el frente norte, y una vez anulado el intento de Liniers de resistir en Córdoba, la Expedición Auxiliar llegó rápidamente a los lindes del Alto Perú al mando de un oficial de carrera, Antonio González Balcarce. En Cotagaita, unos 80 kms. al norte de Tupiza, se atacó a los realistas que esperaban a los revolucionarios en una posición preparada. El ataque fue rechazado y Balcarce prudentemente no insistió y retrocedió hasta el río Suipacha, donde atacó al enemigo por sorpresa y le destruyó el 45 % de sus efectivos (7 de noviembre de 1810). Esta victoria a la que siguió una semana después la del cochabambino Rivero en Aroma, dio a los patriotas la posesión completa del Alto Perú. A partir de entonces el ejército creció numéricamente en forma exagerada y sin recibir la adecuada instrucción. En junio Balcarce contaba con 6.000 hombres, pero sólo 2.500 de ellos eran aptos para enfrentar a un enemigo bien instruido. Establecido entre el río Desaguadero y el lago Titicaca cerca de Huaqui y dividido en dos núcleos a cierta distancia uno de otro, el ejército patriota fue atacado por 7.000 hombres de Goyeneche y dispersado en poco tiempo como consecuencia de la escasa disciplina de las tropas y de la falta de coordinación oportuna entre las distintas divisiones. La falta de presencia del general en jefe en todo el campo y la inactividad de Viamonte fueron otras causas del desastre. Pero la principal fue la indisciplina de las tropas, a tal punto que el ejército se evaporó después de la batalla. Todo el Alto Perú volvió a manos realistas y sólo la indecisión de Goyeneche, provocada por la presencia de cochabambinos alzados en su retaguardia, salvó al norte argentino de una invasión que no hubiera podido resistirse.

Casi simultáneamente a esta campaña se encomendó a Belgrano, segundo jefe de los Patricios y sin otra experiencia militar que la de unos pocos libros, que con un puñado de hombres invadiera el Paraguay. Hubo aquí un error de concepción política al creer que el Paraguay se sublevaría ante la presencia de las fuerzas revolucionarias y un error militar al ocuparse de un frente secundario, postergando el ataque a Montevideo. Suponiendo que los paraguayos acudieran en auxilio de esta plaza, era mucho más fácil batirlos lejos de sus bases y en las planicies familiares a nuestras tropas que penetrando en el lejano y tropical Paraguay, máxime careciendo de apoyo naval y de transportes fluviales. Belgrano entró en la Mesopotamia por la Bajada del Paraná y tratando de despuntar los cursos de agua se dirigió hacia el centro de Corrientes abandonando los caminos conocidos. Pero se encontró con una región inhóspita e igualmente acuosa. Llegó por fin al Paraná y lo atravesó el 19 de diciembre de 1812 sorprendiendo hábilmente a la defensa en

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Campichuelo. El gobernador del Paraguay, Velazco, realizó una hábil retirada que alejó a Belgrano de sus precarias bases a la vez que él mismo se ponía a sólo 50 kms. de Asunción. Allí se dispuso a resistir con 6.500 hombres, mal armados pero bien provistos de artillería. Belgrano con sólo 950 los atacó en Paraguarí (19 de enero de 1811), ante la imposibilidad de retirarse frente a un enemigo tan superior sin generar un desastre. El impacto inicial fue óptimo, pero la columna de ataque estuvo mal conducida y fue cortada, por lo que Belgrano optó por retirarse. El enemigo estuvo inactivo en un principio, pero luego le persiguió, a la vez que la escuadrilla paraguaya trataba de cortar la retirada. Belgrano no quiso perder su base en territorio paraguayo y no repasó el Paraná, que era la solución más segura. Dividió sus fuerzas para proteger el pasaje y se dejó tentar por la buena posición de Tacuarí. Sólo tenía 400 hombres para resistir el ataque combinado de los 2.400 de Cavañas y la escuadrilla naval (9 de marzo). Dentro de la escasez de sus medios y cometido el error de aceptar el combate, las disposiciones de Belgrano fueron correctas, pero una vez más la ineficacia de su segundo le hizo perder la mitad de sus escasas fuerzas. El contrataque final le permitió salvar a los sobrevivientes y lograr un honroso armisticio que tuvo además positivas resonancias políticas.

De regreso del Paraguay, Belgrano —que calificó de locura aquella campaña— recibió instrucciones de operar sobre la Banda Oriental. Se estableció en Mercedes y remontó sus fuerzas hasta 3.000 hombres y encomendó a los hermanos Artigas sublevar las regiones central y oriental del territorio. Como consecuencia de ello los realistas comenzaron a replegarse sobre Montevideo y Colonia, cuando Belgrano fue separado del mando y reemplazado por el teniente coronel Rondeau.

Al acercarse José Artigas a Montevideo se enfrentó con una columna española en Las Piedras (18 de mayo). Las fuerzas eran equivalentes y Artigas aferró el centro del adversario y lo flanqueó doblemente. Las pérdidas españolas llegaron al 55 %. Fue la mejor batalla de Artigas. Su consecuencia fue el sitio de Montevideo, por el grueso del ejército patriota, pero este sitio era ineficaz, pues la ciudad se abastecía por agua. Se creó entonces una débil escuadrilla naval que fue deshecha inmediatamente por los realistas en San Nicolás.

La situación se prolongaba cuando, coincidente con el avance de Goyeneche en el norte y la conspiración de Álzaga en Buenos Aires, los portugueses invadieron la Banda Oriental con 5.000 hombres. Se creó una situación militar difícil, pues el ejército sitiador no podía ser reforzado y estaba amenazado de quedar entre dos fuegos. El problema se resolvió políticamente por un armisticio con el jefe español, general Elío (21 de octubre de 1811) y la retirada del ejército sitiador, que tuvo efectos políticos negativos sobre la población rural y los oficiales orientales (éxodo). Rota la tregua en enero del año siguiente, la situación fue nuevamente neutralizada por el armisticio con Portugal (misión Rademaker) el 26 de mayo.

Desprestigiado Balcarce por el desastre de Huaqui, y fiándose poco el gobierno de la capacidad de sus segundos Viamonte y Díaz Vélez, confió el mando a Pueyrredón, quien se limitó a retirarse a Salta, disciplinar las escasas tropas y pedir que se designara un jefe capaz. Entonces se echó mano otra vez de Belgrano.

Los alzamientos altoperanuanos habían retardado un año la penetración realista en territorio argentino. Cuando ésta se realizó, el pueblo jujeño le hizo el vacío emigrando en masa. Belgrano

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

recibió orden de retirarse hasta Córdoba para acortar las comunicaciones entre las distintas fuerzas en momentos en que los portugueses invadían también por la Banda Oriental. Nunca se padeció un momento más difícil. Belgrano decidió desobedecer esta orden contemplando los riesgos que ella importaba, pues el enemigo encontraría en Tucumán una zona con recursos que le daría un fuerte punto de apoyo. El general Tristán avanzó con 3.000 hombres sobre Tucumán y flanqueó la ciudad por el oeste con el objeto de dar una batalla de frente invertido que aniquilara a los patriotas (24 de setiembre). Esta maniobra quedó inconclusa al moverse Belgrano con sus 1.800 hombres sobre los realistas en marcha. Se dio así una batalla confusa con errores de ambas partes en que Belgrano se encontró incomunicado de sus jefes de sector, pero donde Tristán perdió su parque y artillería a manos de la caballería gaucha, que hizo su primera aparición militar. Al día siguiente los realistas debieron retirarse hacia el norte.

Contra toda lógica, Belgrano reabrió la campaña en enero de 1813 en plena estación de las lluvias y apareció sorpresivamente sobre Salta en febrero. Los realistas bloquearon el acceso sur, pero Belgrano atravesó los cerros por un atajo y amaneció el 20 de febrero sobre la retaguardia realista, cortando sus comunicaciones con el norte. Inmediatamente atacó y obtuvo una completa victoria, empujando al enemigo sobre la ciudad y obligándolo a rendirse en su totalidad.

El vencedor continuó reforzando sus tropas y sometiéndolas a una rígida disciplina. En junio penetró en Potosí dispuesto a batir al nuevo jefe español, general Pezuela. Se encontraba éste en Condo sobre el borde occidental de la zona operativa útil. Belgrano planeó una concentración de fuerzas para rodearle y repetir su éxito de Salta. Cárdenas, con una fuerza de indios, debía cerrarle por el norte, Belgrano por el sudeste desde Vilcapugio y Zelada por el este. Las tres columnas caerían simultáneamente sobre los realistas aniquilándolos, al mismo tiempo que Belgrano fomentaba insurrecciones en el sur del Bajo Perú. La concepción era audaz, pero presentaba el defecto de las malas comunicaciones entre los tres cuerpos y de operarse la reunión sobre el enemigo y no previamente. Para desgracia de Belgrano la combinación fue descubierta por Pezuela, que decidió batir a las columnas en detalle antes de que se cerrara el cerco. Cárdenas fue totalmente dispersado, Zelada no llegó oportunamente a la zona de lucha y Belgrano fue atacado en la pampa de Vilcapugio el 1º de octubre. Las fuerzas eran parejas y Belgrano cometió el error de dejar que los realistas tomaran posición. Los atacó entonces con vigor y estuvo a punto de lograr una brillante victoria pero la resistencia de la derecha española unida a la aparición de la columna que batió a Cárdenas por el camino donde se esperaba a éstos, salvó a Pezuela, así como la aparición de Blucher dio el triunfo a Wellington en Waterloo —salvadas las distancias entre los dos hechos de armas—. Las tropas patriotas suspendieron su avance y poco después el contrataque de Pezuela las dispersó completamente.⁶

Belgrano, con un empecinamiento digno de mejor suerte, en vez de retirarse hacia el sur, se movió hacia el noreste reteniendo sobre sí al ejército vencedor. Sólo salvó en Vilcapugio una cuarta parte de sus fuerzas, pero al mes siguiente su diligencia le había permitido reunir 3.000 hombres. El 14 de noviembre presentó batalla en Ayohúma, excesivamente confiado en la victoria. Utilizó mal el terreno y permitió al enemigo maniobrar antes de la batalla. Fue flanqueado y totalmente deshecho, salvando del desastre sólo 500 hombres. Se retiró entonces sobre el territorio argentino, donde fue reemplazado en el mando por San Martín, mientras los realistas ocupaban Salta el 22 de enero de 1814.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Belgrano recomendó a San Martín retirarse sobre Tucumán y defender la campaña salteña con fuerzas irregulares, como había empezado a hacerlo con Dorrego. San Martín encomendó esta tarea a Güemes y preparó un campo fortificado en Tucumán. El grueso realista sólo llegó a Salta en mayo, pues las actividades de Arenales y Warnes en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra perturbaban seriamente su retaguardia.

Por entonces el mejoramiento de la situación en España, y el envío de refuerzos a Montevideo permitieron que los españoles pensaran en repetir la frustrada operación de 1812. Pero la efectividad de la caballería gaucha mantuvo a Pezuela confinado en Salta impidiéndole moverse fuera de la ciudad. Mientras tanto empeoró la situación de su retaguardia con los combates de Florida, Postrer Valle y Samaipata, dados por Arenales y Warnes. Por fin se enteró de la rendición de Montevideo y comprendió que ya no se justificaba su arriesgada presencia en Salta. A fines de julio de 1814 emprendió la retirada acosado por la caballería criolla. Las provincias argentinas se habían salvado definitivamente y con ellas la revolución emancipadora. A partir de entonces los realistas perdieron para siempre la iniciativa estratégica.

¿Qué había pasado mientras tanto en la Banda Oriental? Despejada la amenaza portuguesa y triunfante Belgrano en Tucumán se pudieron iniciar nuevas operaciones. Artigas volvió a penetrar en el centro del territorio y Buenos Aires envió una división al mando de Sarratea, comandante en jefe de todas las tropas en operaciones. A fin del año 1812 una vanguardia mandada por Rondeau se aproximó a Montevideo y ocupó el Cerrito, 15 km al norte de la plaza. Allí fue atacada el 31 de diciembre por una columna realista, obteniéndose una victoria gracias a la coordinación de los oficiales y al valor y disciplina de las tropas frente a la superioridad numérica, pero descoordinada del enemigo. La consecuencia fue que los realistas se replegaron sobre Montevideo, que fue sitiada por segunda vez, y todo el resto del territorio quedó bajo el control patriota.

Nuevamente el sitio terrestre se mostró ineficaz. La escuadra realista proveía la manutención de la plaza y además castigaba las poblaciones de las costas de nuestros ríos. A ese efecto se destacó a San Martín sobre el Paraná; batió el 3 de febrero de 1813 a las fuerzas de desembarco enemigas en San Lorenzo (Santa Fe), reduciendo así la penetración naval española y asegurando las comunicaciones del ejército sitiador con Buenos Aires.

Mientras el sitio se prolongaba, dirigido ahora por Rondeau, se deterioraba la situación militar general por las derrotas de Belgrano en el norte, el refuerzo de Montevideo desde España y la aniquilación de la revolución chilena en Rancagua el 1º de octubre de 1814. Mientras se proyectaban negociaciones entre el gobierno patrio y el español, a las que hemos hecho referencia en el capítulo anterior, se hizo evidente que Montevideo no podía ser rendida sin apoyo naval. Se creó así la escuadra patriota, con la que Brown atacó y tomó Martín García (11 y 15 de marzo de 1814), aislando la escuadrilla de Romarate en el río Uruguay. Luego se dirigió a Montevideo bloqueándola por agua. En el momento en que el coronel mayor Alvear tomaba el mando del ejército sitiador en reemplazo de Rondeau —designado para el ejército del norte— Brown batió totalmente a la escuadra española que defendía Montevideo frente a las playas de El Buceo, salvándose un solo buque realista (16 y 17 de mayo). La victoria naval decidió la campaña, pues al día siguiente el general Vigodet abrió las negociaciones para la capitulación de la plaza, que fue entregada el 22 de junio.

Notas

1 La máxima expresión de esto fue la ejecución del capitán Ubeda, acusado de conspirar contra el Gobierno, y que apareció colgado en la Plaza de la Victoria el Domingo de Pascua.

2 Nicolás Herrera a Rondeau, 21 de agosto de 1815, A.G.N., X-9-5-2.

3 Se medían por el peso de los proyectiles, que eran generalmente de hierro fundido, aunque se los usaba también de piedra. Un cañón de cuatro libras equivalía a uno de 75 mm y uno de 8 a 100 mm, según el sistema actual de lectura de los calibres.

4 Una compañía de cazadores, otra de granaderos y seis de fusileros.

5 La velocidad de marcha de un cuerpo de infantería era de 5 a 6 leguas en un día y la de uno de caballería de 9 leguas en el mismo periodo.

6 Fue una de las batallas más encarnizadas de la guerra de la independencia, con más de 600 bajas por bando sin contar prisioneros y dispersos.

17. La Independencia

La sociedad revolucionaria

La marcha hacia la independencia entre 1810 y 1820 implica obviamente un proceso de descolonización que se evidenció tanto en lo político como en lo social. El mundillo rioplatense fue pasando de su condición periférica en el Imperio a un papel central. Esta mutación se hizo sentir en todas las regiones del ex Virreinato, a través de la participación de los pueblos en la nueva situación, y cuando esta intervención se vio retaceada por el poder central de Buenos Aires, la vocación por el papel protagónico se hizo visible en la resistencia y los reclamos a dicho poder. Pero fue en Buenos Aires donde el cambio —de la periferia al centro— se hizo más neto por su condición de centro revolucionario y cabeza del nuevo poder.

En el aspecto social el cambio importó también una progresiva ampliación de los sectores de la población que tenían participación activa en los sucesos.

Hacia 1810 Buenos Aires constituía, con excepción del Alto Perú, el núcleo de habitantes más importante del Virreinato. Su población excedía de 40.000 almas, de las que los blancos representaban un 70 %, los negros 25 %, los mestizos 3 % y los indios 2 %. Remontándose hacia el norte el número de mestizos acrecía en detrimento de los blancos puros. También disminuía notablemente el número de extranjeros hacia el interior, ya que éstos sólo abundaban en Montevideo y Buenos Aires y sus alrededores. En el noroeste argentino y en el Alto Perú, sobre todo, abundaban los indios, así como en las zonas no colonizadas del noreste y del sur.

Más bien que la composición étnica de la sociedad interesa distinguir sus núcleos o estratos. La nota característica de la sociedad del período revolucionario es la inexistencia de una aristocracia propiamente dicha. La nobleza no era representativa como clase y sólo contaba con individuos aislados que ostentaban títulos, pero no gozaban de las prerrogativas territoriales de su rango.¹

La cúspide social correspondía a la burguesía. Predominantemente territorial en el interior y mercantil en los puertos, estaba formada por dos estratos distintos: la clase alta y la clase media. Entre ambas no había diferencias étnicas y sólo se distinguían por el mayor o menor grado —respectivamente— de poder económico y social. En consecuencia el paso de una a otra era fácil y frecuente.

La clase alta estaba integrada por los comerciantes —cuyo poder en Buenos Aires y Montevideo era grande—, por los estancieros ricos, los profesionales e intelectuales y los militares de graduación superior o cuyas familias pertenecían a alguno de los otros grupos de la clase alta. También la integraba buena parte del clero: aquella formada por los altos funcionarios eclesiásticos y los sacerdotes cultos que ejercían cargos docentes importantes y que tuvieron actuación política. El papel del propietario rural en esta clase es diverso. En el interior constituían elementos principales de ella, pero en la provincia de Buenos Aires su importancia fue reducida hasta casi el fin de la década. Señala Zorraquín Becú que hacia 1810 nadie se titulaba hacendado, circunstancia que unida a otros datos hacen presumir que los grandes estancieros no tenían, por su condición de tales, influencias decisivas en la vida urbana de entonces.² Esta situación se

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

trasforma muy lentamente en los años siguientes y era corriente que un ganadero importante tuviese, además, casa de comercio o ejercicio profesional que "redondeaba" su prestigio social.

La clase media estaba integrada por los pequeños comerciantes, los industriales, los pequeños estancieros, los militares de menor graduación, que por familia no pertenecían a la clase alta, los maestros y el resto del clero. Los industriales eran pocos, en su mayoría extranjeros, y sus empresas no tenían gran desarrollo. La participación de esta clase en la cosa pública aumentó marcadamente durante el decenio.

Aparte de esta burguesía, que constituía el núcleo activo de la sociedad de entonces, existían otros estratos inferiores. Vicente F. López³ a distingue la clase baja en dos grupos bien diferenciados. Uno constituido por los trabajadores independientes, los artesanos libres y los propietarios pobres de los suburbios, a los que designa plebe, en el sentido romano del término. A diferencia de la burguesía, en la plebe, además del blanco, abundaba el mestizo, sobre todo en el norte del país. El otro, que López denomina la gente baja, eran los trabajadores serviles libres, los menesterosos, vagos y demás desheredados sociales.

La escala social terminaba en los esclavos —negros y mulatos— de los que poco a poco y como consecuencia de la guerra de la independencia se desprendieron los libertos, que habían ganado su nueva condición por el servicio militar a la causa de la revolución.

La clase baja, los esclavos y libertos, no tenían ninguna intervención activa en la sociedad de entonces. La llamada plebe, en cambio, sí logró un grado progresivo de participación. Esta fue visible a través de la formación de los cuerpos de cívicos, milicia urbana integrada por este sector social, a diferencia de los patricios, que pertenecían a la burguesía. Al incorporarse éstos a las fuerzas de línea, las funciones de la milicia urbana quedaron en manos primordialmente de los cívicos, quienes por esta vía fueron protagonistas de los incidentes políticos y militares que se desarrollaron en la capital y llevaron al suburbio las inquietudes y las pasiones políticas nacidas en el centro de la ciudad. Hacia el año 1820 se hace evidente que este sector social, sin tener la trascendencia político-social de la burguesía, y aún considerándosele conducible, era un factor con el que había que contar.

Con matices diversos, una metamorfosis similar ocurre entre la gente de campo. Las cabezas de la sociedad rural —que constituía en el conjunto un apéndice de la sociedad urbana a cuya zaga iba— eran los estancieros y los funcionarios civiles —jueces de paz— y militares —jefes de milicias y comandantes de frontera—. Papel importante tenían también en las pequeñas poblaciones rurales ciertos comerciantes proveedores de todas las vituallas necesarias. El pulpero o bolichero rural no era un elemento normalmente bien afamado y sólo circunstancialmente se codeaba con los personajes importantes de la zona.

El campesinado se dividía en dos sectores bien definidos. Uno lo forman los paisanos, ya fueran propietarios pequeños o peones afincados en establecimientos mayores donde desempeñaban tareas a sueldo. El otro lo constituye el gaucho, elemento casi nómada, sin trabajo permanente, indisciplinado y pendenciero, que vivía de changas cuando le era estrictamente necesario, y que muchas veces fue perseguido por vago.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Estos dos elementos, paisanos y gauchos, se incorporaron, como el cívico plebeyo de la ciudad, a la baraúnda revolucionaria por vía del servicio militar. La leva fue el medio habitual de su incorporación al ejército. La vida militarlos los sacó frecuentemente de sus pagos y los devolvió al cabo del tiempo —a veces años— convertidos en hombres que ya no estaban dispuestos a tener el papel pasivo de su existencia originaria, lo que explica en cierta medida la entusiasta participación del hombre de campo en las contiendas civiles.

Por fin, en el campo, el indio tenía una presencia indiscutible. Existían ciertos núcleos de indios asentados fronteras adentro que disfrutaban en forma más o menos irregular de algunas tierras, y desgajados de ellos otros que habían acabado afincándose como peones en las estancias. Pero sobre todo era incuestionable la presencia del indio como elemento marginal a la sociedad, el indio de frontera afuera, con su mundo propio y su amenaza latente, que por estos años se transformó en coexistencia habitualmente pacífica. Estos indios tenían intensas relaciones comerciales con los pobladores fronterizos, negociando ganado y productos de la pampa.

La conmoción revolucionaria altero esquemas sociales y creo nuevas tensiones. De una sociedad sólidamente jerarquizada, donde el linaje y la limpieza de sangre tenían un prestigio adquirido, se quiso pasar conscientemente a otras basadas en el mérito personal y donde igualitarismo e individualismo fueron notas fundamentales.⁴

Pero este igualitarismo no excluía ciertas oposiciones. El extranjero fue bien tratado en el Río de la Plata y las limitaciones que debió soportar de las reglamentaciones y leyes le fueron siempre compensadas por el acogimiento de los habitantes. Pero luego de la revolución su situación se hace marcadamente favorable. Se lo mira como un elemento de progreso, a veces incluso como un aliado en la guerra contra los españoles europeos. El espíritu de novedad y el ambiente cosmopolita de Buenos Aires hacen que la bondad del acogimiento se transforme en entusiasmo. Brakenridge, Poinsett y Robertson, entre otros, han dejado testimonios del trato excepcionalmente amistoso que se prodigaba al extranjero en Buenos Aires. Y tal vez consecuencia de esto fue que aquéllos no formaban núcleos cerrados y apartados de la sociedad nativa, sino que se mezclaban con ella y se unían frecuentemente en matrimonio con hijas del país. Los grupos de nacionalidades más numerosos eran los de ingleses, franceses y portugueses, en tanto que los italianos apenas llegaban al centenar en esta década.

Esta xenofilia tenía su contrapartida en una fobia hacia los españoles europeos, que se acrecentó con el desarrollo de la guerra de la independencia. Chapetones y godos eran los calificativos peyorativos que se les aplicaba. Internaciones forzosas, destierros, arrestos, confiscaciones de bienes, contribuciones obligadas de dinero y de esclavos, fueron manifestaciones del desafío oficial que iba parejo con el resentimiento popular. La vida llegó a ser muy dura para ellos, salvo que la urbanidad de la clase alta, cuando pertenecían a ella, les pusiera parcialmente a cubierto de persecuciones. Hasta se les prohibió el casamiento con hijas del país para que no influyeran en ellas con sus ideas contrarias a la revolución. Se exceptuaban de esta repulsa aquellos peninsulares que eran conocidos por sus ideas liberales y su adhesión al régimen. Para los otros sólo hubo un descanso parcial durante los años 1814 y 1815 en que la acción oficial se mostró particularmente clemente hacia ellos, como parte de su iniciada política de transacción.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Aparte de ello, no había en el cuerpo social oposiciones violentas. Cierta desafección se insinuaba ya entre los pobladores urbanos y los rurales como consecuencia de la diferencia de hábitos y cultura y también entre la clase patricia y la plebe dentro del núcleo urbano, pero estas diferencias tardarían aún en manifestarse claramente.

Todas esas oposiciones fueron menos notorias en el interior. Menor pasión revolucionaria, peninsulares afincados desde hacía muchos años, menor mentalización urbana en muchas ciudades como consecuencia de su escasa población y de la mayor relación de la clase dirigente con la gente de campo, atenuaron estas diferencias. En cambio, se manifestó con caracteres cada vez más definidos y violentos la resistencia al porteño, hombre ideológicamente distinto, socialmente diferente, y que pretendía heredar para su ciudad el papel de metrópoli que había detentado con títulos más legítimos la lejana España.

Por último, no deja de tener importancia la observación de un viajero inglés en 1817: la escasez de varones jóvenes en la capital como consecuencia de haberse convertido la carrera de las armas en una actividad prestigiosa dada la persistencia y popularidad de la guerra.⁵ La observación es extensible a todo el país.

Alteraciones económicas

Aunque la revolución no produjo una modificación drástica de la estructura económica ni expuso nunca un programa definido en esta materia, trajo cambios importantes tanto en la detentación del poder económico como en el juego de los intereses y puso de relieve de una manera antes no entrevista los defectos de la estructura económica del ex Virreinato.

En efecto, si la relación de dependencia con España había permitido hasta entonces suplir ciertas deficiencias y compensar otras en beneficio del semimonopolio imperante, cuando el nuevo Estado revolucionario se vio librado a sus propias fuerzas y pretendió alcanzar el estatus de una "nueva y gloriosa nación", se hicieron patentes las limitaciones que imponían la organización subsistente y las dificultades para modificarla.

El poder económico seguía residiendo en los comerciantes mayoristas, pero con una interesante modificación. Al establecerse un sistema de libre comercio con todas las naciones y ante la situación caótica en que se encontraba España en los primeros años de la década, los grandes comerciantes, agentes importadores de Cádiz, pasaron a ser importadores de las principales casas de comercio inglesas. Al mismo tiempo muchos comerciantes ingleses se instalaron en Buenos Aires, sea solos, sea asociados con comerciantes criollos. Ya en 1811 se creaba una Cámara de Comercio Británica, único organismo en que se manifestó el particularismo británico. Así la clase comercial dominante se amplió en su integración, y criollos, españoles peninsulares y extranjeros se enriquecieron de consuno con el nuevo régimen de libre comercio. Es obvio que en este cambio fueron los españoles europeos quienes perdieron, no sólo por el fin de su situación de privilegio, sino también por las trabas que les impuso el gobierno por razones políticas e ideológicas.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Al terminar el primer lustro revolucionario, nuevos elementos entraron a competir en la detentación del poder económico: los propietarios de los saladeros y sus proveedores, los grandes ganaderos. Esta participación, incipiente al principio, crece luego y se va a poner de manifiesto en uno de los grandes debates económicos de la época, el abasto de la ciudad, que condujo al cierre momentáneo de aquellos establecimientos.

La demanda creciente de carne salada llevó al perfeccionamiento de la industria saladeril, donde se aprovechaba no sólo la carne de los animales, sino también sus cueros, sebos y astas. Establecidos en zonas relativamente cercanas a la ciudad de Buenos Aires, se convirtieron en los mejores compradores de hacienda vacuna, pudiendo pagar precios notoriamente mayores que los simples matarifes dedicados al abasto urbano. Los ganaderos con más visión se preocuparon entonces de asegurar la marcación de sus haciendas y de proveer a los saladeros lotes de ganado homogéneos en forma relativamente periódica. Algunos de ellos se asociaron a la explotación saladeril y por primera vez en nuestra historia aparece el propietario rural enriquecido con la producción de sus campos. De esta manera, al final de la década, saladeristas y ganaderos participan del poder económico en forma conjunta, aunque minoritaria, con los comerciantes.

Este hecho tuvo honda trascendencia en el futuro. Las exigencias de los saladeros configuraron necesidades que en los años siguientes iban a conducir a un mejoramiento de la calidad de los vacunos, reemplazándose las razas criollas —los aspidos— por animales mestizados con razas europeas, y lógica consecuencia de ello fue el cerramiento de los campos. Al adquirir poder económico el gran propietario rural llegó al poder político, lo que se puso de manifiesto por primera vez en la elección de Martín Rodríguez para gobernador de la provincia en 1822.

Los intentos del gobierno de imitar el ejemplo de Gran Bretaña, Estados Unidos o Francia y desarrollar su agricultura y su industria al nivel de un Estado moderno, se vieron totalmente frustrados. El primer gran obstáculo a tal desarrollo fue la escasez casi total de capitales. Los pocos existentes, que sólo eran grandes en relación a la pobreza general del país, se aplicaron casi exclusivamente a la actividad comercial, única que ofrecía una renta segura y alta. Esta escasez se sintió notablemente en la industria, que no obtuvo créditos oficiales ni privados y sólo se pudieron formar capitales industriales por vía de ahorro o por la asociación de diversos individuos, generalmente connacionales de un país extranjero. Por la misma razón el crédito fue mínimo y con tasas de interés bastante elevadas. Los industriales podían obtener créditos de gentes amigas o por hipoteca de inmuebles, sin que sus fondos industriales representasen garantía alguna.

Otra causa que impidió seriamente el desarrollo industrial fue el primitivismo técnico que padecía todo el Virreinato. Procedimientos industriales o mecánicos que eran comunes en Europa en esos mismos años, eran totalmente desconocidos aquí. (V. gr. simples procedimientos para extraer agua merecían protecciones de patentamiento y producción exclusiva como premio al introductor de tal mejora.)

Señala Mariluz Urquijo —cuyos estudios seguimos en esta parte— que otro gran obstáculo lo constituyó la escasez de mano de obra calificada. La artesanía no tradicional carecía casi totalmente de cultores. De ahí que un maestro de fábrica —libre o esclavo— que dominaba el arte al que estaba dedicado se transformaba en poco tiempo en el árbitro de la empresa, pues podía instalarse por su cuenta si era libre, o vender el "secreto" aun eventual competidor, en cualquier caso.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Un factor que perjudicó —ya no el desarrollo industrial, sino el económico en general— fue la falta de una producción agrícola exportable. La pobreza de nuestra agricultura era tal que apenas alcanzaba la producción de harina para el abasto de la población y nunca se estuvo en condiciones de exportar cereales. Las provincias interiores habían visto disminuir en los últimos años de la dominación española sus producciones exportables. La deficiente organización del comercio interior, donde demasiados intermediarios tenían que ganar, y un sistema de fletes muy costoso hacía que la producción provinciana puesta en Buenos Aires —principal centro consumidor— tuviese precios muy superiores a los productos equivalentes de origen extranjero. Este problema se combinaba con el ya expuesto de la pobreza técnica de nuestra producción. Con precios iguales y aun inferiores, la industria inglesa ponía en nuestra plaza productos de mejor calidad y fabricados con métodos modernos. El caso se ejemplifica claramente con lo sucedido en los artículos textiles, donde la calidad de los géneros británicos modificó el gusto del consumidor criollo y provocó el desplazamiento y la decadencia de la industria local.

Esto nos lleva a considerar uno de los problemas claves que debió enfrentar la política comercial de la época: la opción entre librecambio y proteccionismo. Si durante la época hispánica los intereses comerciales se habían apoyado en el proteccionismo monopolista, ahora la situación se invertía y su desenvolvimiento se basaba sobre todo en las mayores facilidades para la importación y la exportación. Pero mientras la exportación —en un país que no tenía posibilidades inmediatas de ser un productor manufacturero— era favorable al desarrollo rural, la libre introducción de mercaderías oponía un obstáculo insalvable al desarrollo y mantenimiento de las industrias nacionales. Los gobiernos centrales, sobre los que se dejaba sentir la influencia de las doctrinas mercantilistas; tuvieron plena conciencia del problema y en varias ocasiones intentaron elevar los aranceles aduaneros a la importación para proteger los productos nacionales; pero esta política escolló en el clamor de los comerciantes, en particular los ingleses que no dejaron de subrayar que tal política enajenaría la simpatía con que Inglaterra veía y protegía la revolución. Consecuencia de esta presión y de la falta de unidad y criterio de los escasos industriales para defender el proteccionismo, habría de ser el triunfo, en definitiva, del sistema de librecambio, que fue más una consecuencia de las circunstancias y de los condicionamientos exteriores que el resultado de una adhesión doctrinaria.

Si las necesidades de la guerra se hacían sentir por sus consecuencias políticas internacionales en este aspecto, dejaba sus trazos en la economía en otros niveles también importantes. Ciertamente es que originó fábricas de pólvora, de fusiles y cañones, casi todas en la modesta escala en que se desarrollaba la guerra misma, pero mucho más importante es que agravó la escasez de mano de obra por el reclutamiento de hombres libres y sobre todo por la manumisión de esclavos por el servicio de guerra. Esto se hizo sentir tanto en el orden rural como en el urbano. También la guerra insumía casi todos los capitales disponibles. Hacia 1815 el mantenimiento y provisión de los ejércitos patrios había insumido, según un protagonista de la política directorial, la suma de \$ 16.000.000, hartamente elevada para los magros recursos de la nación. Los impuestos llegaron a niveles desconocidos en la época hispánica, los empréstitos se sucedían y se satisfacían de manera más o menos compulsiva, y por fin las contribuciones forzosas desarticulaban más de una empresa comercial o un establecimiento rural.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

El problema de las cargas impositivas se constituyó en uno de los grandes temas económicos de la época sin que la realidad trajese ninguna solución. Los límites y dificultades de la agricultura fue otro tema puesto frecuentemente sobre el tapete, pero ninguno alcanza la repercusión popular del ya citado problema del abasto de la capital. Hacia 1817 la labor de los saladeros no sólo había provocado una considerable alza en los precios de los vacunos, sino que también había disminuido notoriamente la hacienda destinada a los mataderos de abasto. Esto provocaba nuevos aumentos y grandes quejas. El director Pueyrredón reunió a las fuerzas vivas interesadas para que se llegara a una solución del problema; como ésta no se concretara, ordenó el cierre transitorio de los saladeros para asegurar el abasto de la población aun a riesgo de poner en peligro la única industria agropecuaria que había tomado cuerpo en el país. La medida no produjo frutos porque los proveedores y matarifes —haciendo un frente común— mantuvieron los precios altos, pese a la mayor disponibilidad de hacienda. Poco después los saladeros eran autorizados a reanudar su labor. El saldo fue uno de los debates económicos más interesantes de la época y el primero que tuvo verdadera repercusión popular.

La lucha por la dominación

Derrocado Alvear en abril de 1815, los vencedores se vieron enfrentados con el problema de la sucesión del gobierno. Disuelta la Asamblea, no existía poder capaz de nombrar un gobierno nacional. El Cabildo porteño, siguiendo la tradición de 1810, resolvió constituir un poder provisional. Con este carácter designó Director Supremo al general José Rondeau, que entonces se encontraba al frente del ejército del Perú, y como interino a cargo efectivo del gobierno, al coronel Ignacio Álvarez Thomas. Pero si por esta vía el poder recaía en el jefe del pronunciamiento de Fontezuela, el Cabildo, co-vencedor con aquél de la dictadura alvearista, le asocio una Junta de Observación y dictó un Estatuto Provisional que regiría la organización del Estado hasta que se reuniera el Congreso General de todas las provincias. De este modo, las facultades del Director quedaron fuertemente limitadas. El Cabildo había aprendido la lección recibida durante la gestión de Alvear.

La pluralidad de propósitos de la revolución de abril iba a afectar seriamente al gobierno de Álvarez Thomas. En la proclama de Fontezuela surgía la dualidad entre la posición nacional (unidad interior y guerra a España) y la posición localista (paz con Artigas, y Buenos Aires como provincia ajena al gobierno central). La designación de Álvarez Thomas y sus buenos propósitos no borraban dos hechos claves: 1) la existencia de dos revoluciones coordinadas pero autónomas: la del ejército y la del Cabildo porteño, y 2) la existencia de varios centros de poder ajenos a la dominación del Director Supremo y eventualmente rivales entre sí. La lucha por la dominación entró inmediatamente en una nueva etapa.

Las posiciones de Rondeau y San Martín eran parcialmente acordes. El Director interino procuró mantener la solidaridad condicionada de éstos y concertar la paz con Artigas, pero este último propósito se vio dificultado por la conciencia que tenía el jefe oriental de su poder victorioso y de la debilidad de Álvarez Thomas, pues el apoyo de San Martín era relativo y el de Rondeau estaba neutralizado por la dominación artiguista en Córdoba.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

La prudencia política de Álvarez Thomas y su convocatoria a la realización en Tucumán de un Congreso General eliminó el temor de muchas provincias de que continuara la prepotencia porteña y le ganó un mayor apoyo de San Martín, al entrever éste la posibilidad de que por fin se declarara la independencia. Córdoba, cuya identificación con Artigas era relativa, se mantuvo en una actitud fluctuante entre el Director y el Protector. Así, Álvarez Thomas, aunque enfrentado en la propia capital por el Cabildo, pudo llevar adelante la convocatoria del Congreso y su posterior renuncia no impediría la concreción del proyecto, del que nacería como consecuencia lógica la declaración de la independencia nacional y la campaña emancipadora de San Martín.

En cierta medida las revoluciones de abril de 1815 volvían las cosas al planteo de octubre de 1812, frustrado por la facción alvearista. Ahora, aunque la cohesión distaba de ser perfecta, los revolucionarios habían ganado en experiencia a costa de sufrimientos. El Estatuto Provisional, sin embargo, constituyó un error político del Cabildo. Al propio Director le disgustaba, y Salta fue la única provincia que lo reconoció; las demás lo consideraron un cuerpo constitucional dictado sin consenso. Álvarez Thomas no quiso enredarse en este problema y se aplicó a lograr la paz con Artigas. Éste acababa de convocar a los pueblos orientales a un Congreso en Mercedes. Álvarez Thomas envió en misión al coronel Blas J. Pico y al presbítero Bruno Rivarola en busca de un acuerdo sobre la base del reconocimiento de la independencia de la Banda Oriental y un pacto de no agresión y asistencia recíproca contra los españoles. También se reconocía a Buenos Aires como gobierno independiente del central, debiendo reunirse un congreso general que determinara la constitución del Estado. Incluso se aceptaba que Entre Ríos y Corrientes eligieran el gobierno bajo protección quedarían.

Tras demorar la recepción de los comisionados, Artigas rechazó el ofrecimiento de quien se había sublevado para poner fin a la guerra contra él, y envió una contrapropuesta consistente en la separación de la Banda Oriental hasta la decisión del Congreso y el reconocimiento de su protectorado y dirección política sobre Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba. Ya no bastaba que le fuera reconocido su centro de poder, sino que se trataba de su aspiración a la dominación general.

Casi simultáneamente Artigas había convocado a los pueblos protegidos por él a un Congreso en Arroyo de la China (Congreso de Oriente). Se reunió en éste con los diputados que ya habían llegado a destino y resolvió enviar una nueva misión a Buenos Aires con representantes de Córdoba, Santa Fe, Corrientes y la Banda Oriental. El trasfondo de las proposiciones que éstos llevaron al Director significaba una vez más el reconocimiento del dominio artiguista hasta Córdoba.

Álvarez Thomas comprendió que en esos términos la paz era inaceptable y que debía recuperar el control de las provincias situadas al oeste del Paraná, so pena de ver cortadas sus comunicaciones con el interior y ver fracasada la reunión futura del Congreso. Preparó entonces sigilosamente una expedición y en previsión de que los enviados arriguistas hubieran sabido de ella, los "residió" en un buque de guerra, en práctico arresto, hasta que el 19 de agosto dio por terminadas las tratativas entre las protestas de los ofendidos emisarios. Designó a Viamonte jefe de las llamadas Fuerzas de Observación y le ordenó ocupar Santa Fe, lo que éste hizo el 25 de agosto, sin resistencia.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

La ocupación de Santa Fe provocó la reacción de sus pobladores. Varios meses después, el 3 de marzo de 1816, el teniente Estanislao López se sublevó contra Viamonte, haciendo así su entrada en la historia. Tras un mes de operaciones y con auxilios de Artigas, ocupó la ciudad y rindió a Viamonte.

Mientras de esta manera se frustraban primero los intentos de paz del Director y luego su intención de asegurar por las armas el dominio de Santa Fe, otros acontecimientos le preocupaban. En el ejército del Norte la autoridad de Rondeau se diluía y la politización y la indisciplina minaban al ejército. Güemes, después de obtener una victoria en Puesto del Marqués, fue injustamente despojado de su mando, por lo que, ofendido, se retiró del ejército con sus hombres. Llegado a Salta fue elegido gobernador interino, pero reconoció a su ex jefe como Director Supremo y a Álvarez Thomas como interino. Su actitud no era separatista y tenía conciencia de los efectos de una nueva escisión sobre el ya tambaleante edificio del Estado. La situación se agravó cuando el ejército patriota tomó la ofensiva y por la incapacidad militar de Martín Rodríguez, primero y de Rondeau luego, fue batido en Venta y Media (20 de octubre) y en Sipe Sipe (29 de noviembre), respectivamente. La última catástrofe provocó la pérdida definitiva del Alto Perú, excepto Santa Cruz de la Sierra, donde Warnes se mantenía exitosamente.

Rondeau, desprestigiado ante sus subordinados y dominado por algunos de ellos, retrocedió hasta Jujuy, donde se enredó en una inútil agresión contra Güemes, declarándolo enemigo del Estado (15 de marzo de 1816). Ocupó Salta, pero Güemes lo aisló en ella, mientras los realistas avanzaban sobre las provincias abandonadas. Por entonces acababa de reunirse el Congreso de Tucumán y Rondeau comprendió lo insensato de su conducta. Convino entonces con el gobernador salteño un pacto de amistad (17 de abril) que aseguró la frontera norte contra una inmediata invasión española.

Cuyo, en cambio, habíase constituido no sólo en un lugar de orden, sino en un centro de apoyo para el Director en todo lo concerniente a la reunión del Congreso. A la vez, el gobernador San Martín fortalecía sus fuerzas para enfrentar a los realistas de Chile. Comprendía que si éstos se asentaban allí cierto tiempo, la revolución estaba perdida, por lo que concibió su plan de pasar a la ofensiva invadiendo Chile en la primavera de 1816.

Dentro de este panorama y mientras regresaba al país el general Belgrano, trayendo noticias de las gestiones realizadas en Europa por Rivadavia, Sarratea y él, y se recibían de García comunicaciones enigmáticas sobre sus negociaciones con los portugueses, Álvarez Thomas intentó nuevamente dominar a Santa Fe. A este fin nombró a Belgrano jefe del Ejército de Observación. El ilustre patricio comprendió que la cosa no era tan sencilla como creía el gobierno y antes de hacer uso de las armas decidió probar una conciliación, a cuyo fin designó a su segundo, el coronel Díaz Vélez, como parlamentario. Pero éste, traicionando la confianza de su jefe, se sublevó contra el gobierno central, pactó con el gobierno santafesino el relevo del Director interino y de Belgrano y asumió el mando de las fuerzas de Observación. Esto se conoce como el Pacto de Santo Tomé (9 de abril de 1816).

A un año de distancia se repetía la situación de Fontezuela. Pero ahora el planteo era menos idealista, menos programático y contaba más la ambición personal del jefe sublevado. La posición geopolítica de Artigas había mejorado ostensiblemente con la adhesión de Córdoba. Hasta en

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Santiago del Estero se sentían —atenuadas y parciales— las simpatías por el Protector. La sublevación de Díaz Vélez revelaba, más allá de la mezquindad del hecho, que la guerra contra Artigas era impopular en el ejército y en ciertos sectores de Buenos Aires. La situación del Director se deterioraba en la capital, donde asomaba la convicción de que la presencia del gobierno central en Buenos Aires privaba a la provincia de autonomía y la convertía en el blanco del odio de sus hermanas. Un localismo defensivo comenzaba a tomar forma, y el Cabildo porteño, aprovechando el pronunciamiento de Díaz Vélez, tomó la conducción incidental del movimiento y pidió a Álvarez Thomas que renunciara. Así lo hizo éste el 16 de abril de 1816 y en su reemplazo fue nombrado el brigadier Antonio González Balearte.

No todo había sido negativo en la administración del dimitente. Las provincias del norte y del oeste se habían reunido en torno de la idea, por él patrocinada, del Congreso General, y éste había comenzado a reunirse en Tucumán en el mes de marzo. Entre debilidades y fracasos Álvarez Thomas había conseguido crear el instrumento que habría de dar forma y fuerza a la emancipación nacional.

La diplomacia revolucionaria hasta 1816

Desde el comienzo mismo de la revolución los gobiernos patrios tuvieron plena conciencia de los condicionamientos de los factores internacionales. Así lo reveló la junta con la inmediata misión de Irigoyen a Londres y la frustrada de Mariano Moreno, ambas en 1810. Pero estos primeros pasos se limitaban a buscar el apoyo británico y a presentar ante el mundo la justicia de la actitud revolucionaria y su honestidad de propósitos y a protestar su fidelidad al rey cautivo, alejando toda sospecha de jacobinismo.

Dentro de esta tesitura se explica que cuando Gran Bretaña ofreció su mediación en 1812 para lograr un acuerdo entre España y el Río de la Plata, la propuesta fuera rechazada. Pero a medida que transcurrió el tiempo se produjo un "endurecimiento" de la revolución, se precisaron sus alcances y se modificó la situación internacional de Europa. Salvo el verano de 1813, la situación militar de la revolución fue siempre delicada. Al promediar el año 14 la restauración de Fernando VII en su trono y la posterior caída de Napoleón, alteraron totalmente los presupuestos de la diplomacia patriota. A partir de entonces ésta se transformó de diplomacia de presentación en diplomacia de negociación. Hasta ese momento se había luchado para vencer, ahora se debía negociar para no perder.

Los tres polos de las relaciones exteriores de Buenos Aires eran Madrid, Río de Janeiro y Londres, con atracciones marginales hacia los Estados Unidos y Francia. Las tres primeras cortes estaban atadas por alianzas, tradicionales en el caso de Portugal y nacidas de la lucha contra Napoleón en el caso de España, pero sus intereses eran diferentes y Buenos Aires especulaba con ello. Portugal siempre ambicionó poseer la Banda Oriental y otros territorios españoles americanos, ante lo cual el Consejo de Regencia se mantuvo permanentemente en guardia. Inglaterra mantenía su propósito de obtener la apertura comercial de la América española, pero no podía actuar contra los intereses de su aliada, menos en un momento en que estaba en guerra con sus ex colonias de la América del Norte. Esta diferencia de intereses hizo posible para Buenos Aires el armisticio con Elío en 1812 y la

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

convención Rademaker de ese mismo año. Mientras Napoleón se mantuvo en el poder —y aún después— Buenos Aires presionó a Londres con la posibilidad de inclinarse hacia la alianza o protectorado de Francia, como medio de forzar la neutralidad inglesa, que aunque en los inicios de la revolución favoreció a ésta, se tornaba cada vez más beneficiosa para España. El propio Pueyrredón proponía en 1811 volcarse francamente hacia los franceses, ya que no creía que se pudiera esperar nada efectivo de Inglaterra. Las posibilidades de un apoyo norteamericano fue otro espantajo discretamente agitado ante los diplomáticos ingleses, pero la guerra angloamericana de 1812-14, trabó por igual a ambos contendientes respecto de la América española, sin contar con que el interés norteamericano por el resto del continente era entonces muy relativo.

La liberación de España de las fuerzas francesas y las derrotas de Belgrano en el Alto Perú determinaron al gobierno, hacia fines de 1813, a enviar una misión a Inglaterra con el objeto de lograr que el gabinete de Saint-James protegiera —pública o secretamente— al Río de la Plata de la represión de una España que recuperaba su fuerza. Esta misión fue encomendada a Manuel de Sarratea. Como bien señala una reciente investigación,⁶ "era la primera vez que se enfrentaba oficialmente a Gran Bretaña con la posibilidad de que el Río de la Plata girase hacia la esfera de influencia francesa, lo que debía advertirse con la delicadeza que es necesaria. Las instrucciones prescribían que la condición básica de todo acuerdo debía ser la libertad e independencia de las Provincias y el cese de las hostilidades.

Cuando Sarratea llega a Londres en marzo de 1814 se encuentra con que Napoleón ha sido derrotado en Leipzig y que en diciembre ha liberado a Fernando VII devolviéndole el trono de España. Casi inmediatamente (31 de marzo) los aliados entran en París y días después abdica Napoleón. Estos cambios tornaron obsoletas las instrucciones dadas a Sarratea: se había perdido la posibilidad de presionar a los ingleses y el regreso de Fernando obligaba a adoptar una actitud definitiva ante el rey. El enviado recomendó a su Gobierno una actitud conciliatoria y de adhesión al rey —aunque dispuesta a la defensa— como modo de cubrir a la revolución y de posibilitar negociaciones directas con Madrid.

El derrotismo se había apoderado en esos momentos de los dirigentes argentinos en el poder —como hemos relatado anteriormente— y coincidía con la recomendación de Sarratea. Ese derrotismo era compartido por los ingleses, lo que tornaba ilusoria una mediación de éstos en favor de los patriotas. La única salida parecía ser pactar con el rey, y Sarratea, adelantándose a las instrucciones de Buenos Aires, le dirigió un mensaje de felicitación y gestionó un viaje a Madrid. Pero el rey no estaba dispuesto a pactar sino decidido a someter, dentro y fuera de España. En poco tiempo Sarratea comprendió que nada lograría del absolutismo de Fernando e inició una nueva gestión, esta vez ante el ex rey Carlos IV.

Mientras tanto, el gobierno de Posadas decidió enviar a Europa una nueva misión, dispuesto a hacer mayores concesiones ante las exigencias españolas y a tantear una vez más las disposiciones inglesas. En noviembre de 1814 fueron nombrados a ese fin Belgrano y Rivadavia. Belgrano ponía su espectabilidad de general de crédito, pero el verdadero jefe de la delegación fue Rivadavia. Sólo a él se le dieron las instrucciones reservadas y sólo el fue autorizado a viajar a España. No era un misterio que Rivadavia estaba mucho más cerca de las ideas pacifistas del Gobierno que su distinguido compañero.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Las instrucciones públicas dadas a los enviados prescribían buscar la paz garantizando la seguridad de lo que se pactare y sobre bases de justicia que no chocaran a la opinión y que fueran aprobadas por la Asamblea. Estas vaguedades eran definidas en las instrucciones reservadas. Se ordenaba en ellas que debía obtenerse "la independencia política, o al menos la libertad civil de estas Provincias". La alternativa reflejaba la actitud oficial y su enfrentamiento con los independencistas. Para el primer caso se obtendría que un príncipe de la casa real viniese a mandar como soberano, y en el segundo, manteniéndose la dependencia de la corona de España, debía lograrse que la administración quedara en manos americanas y garantizara la seguridad y libertad del país. Si estas propuestas eran rechazadas, debía buscarse la alianza y protección de alguna potencia extranjera que sostuviera a los revolucionarios contra las tentativas opresoras de España. Pero antes de dar estos pasos tan comprometedores, los diputados debían mirar hacia Gran Bretaña y averiguar si estaba dispuesta a que un príncipe de su casa real fuera coronado en el Plata y a allanar la oposición española. En este caso se omitiría la gestión ante Madrid. También debían averiguar si Gran Bretaña estaba dispuesta a proteger la independencia de otro modo. El Directorio proponía a sus diputados una variedad de soluciones muy grande para que pudieran acomodarse a las variables circunstancias de Europa.

Cuando Belgrano y Rivadavia llegaron a Río de Janeiro en viaje a Londres, se detuvieron a realizar allí varias gestiones. Lord Strangford no les dio ninguna seguridad sobre el apoyo inglés y sólo se comprometió a lograr que la corte portuguesa negara auxilios a la esperada expedición española, lo que consiguió porque con ello Portugal consultaba sus propios intereses. La desilusión ante la actitud inglesa fue grande. Strangford había actuado con prudencia, ya que pocos meses antes Gran Bretaña había renovado su alianza con España y comenzaba a preocuparse por neutralizar la influencia rusa en la corte fernandina. Pero comprendía claramente los efectos de esa actitud en los patriotas, que en una oportunidad precisó a lord Castlereagh:

...siento el deber de declarar explícitamente a Su Señoría que yo considero ahora como una certeza la rápida pérdida, para Gran Bretaña, en cualquier caso, de todas las ventajas que ha obtenido hasta ahora en las Provincias del Plata. Si el ejército de España venciese, la exclusión de nuestro comercio del Plata sería inminente. Si por el contrario el nuevo gobierno triunfase, me temo mucho por el tono de sus últimas comunicaciones, que nuestra negativa a escuchar sus repetidos pedidos de protección contra la venganza de España, en la forma de mediación o de cualquier otro modo, no será fácilmente olvidada, y habrá hecho nacer hacia nosotros un sentimiento muy distinto del que podríamos haber despertado, hasta por la más pequeña apariencia de interesarse por su destino. Y si por un tiempo ninguno de los dos partidos prevaleciese, no será entre los horrores de la guerra civil que nuestro comercio pueda prosperar o estar seguro.⁷

Ni el gabinete portugués ni el ministro norteamericano les dieron seguridades de ninguna especie a los enviados. Curiosamente, la mejor disposición la hallaron en el ministro español Villalba. Este, sabedor de las dificultades que encontraría una expedición española y de las propensiones pacifistas del gobierno de Buenos Aires, recomendaba a Madrid enviar un negociador. Mientras tanto, su deferencia con Belgrano y Rivadavia le permitía ganar tiempo para explorar las reales intenciones de Buenos Aires. Coincidentemente, habían llegado a Río dos enviados de Artigas, Redruello y Caravaca, que buscaron primero la protección portuguesa y luego la de España, haciendo protestas a Villalba y a la infanta Carlota de fidelidad a Fernando y dando a su lucha con

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Buenos Aires el sentido de una defensa de la causa del rey. Cualesquiera que hayan sido los motivos últimos de esta misión, demuestra que las facciones antagónicas del Plata transitaban por los mismos caminos en materia diplomática.

Antes de seguir viaje, los diputados de Buenos Aires tuvieron una nueva y notable sorpresa. A fines de febrero de 1815 llegó a Río de Janeiro Manuel José García, comisionado por Alvear, el nuevo Director Supremo. Era portador de pliegos de éste para lord Strangford y lord Castlereagh, donde en el colmo del derrotismo confiesa que:

Cinco años de repetidas experiencias han hecho ver de un modo indudable a los hombres de juicio y opinión que este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo, y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden, antes que se precipite en los horrores de la anarquía.

Y agregaba:

En estas circunstancias, solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas Provincias, que obedecerán su gobierno, y recibirán sus leyes con el mayor placer, porque conocen que es el único remedio de evitar la destrucción del país...⁸

Felizmente, García no entregó estos pliegos, en lo que influyó la opinión de Rivadavia. Se dedicó entonces a entrevistarse con Villalba, Strangford y miembros del gabinete portugués, en busca de un punto de apoyo que salvara a la revolución de la destrucción. Para el sutil García no pasó desapercibida la importancia de la decisión portuguesa de mantener la corte en Río de Janeiro, subrayando así su condición de potencia americana. Como luego veremos, su atención se centró sobre esta corte.

Cuando Rivadavia y Belgrano llegaron por fin a Londres el 7 de mayo de 1815, Napoleón había regresado de la isla de Elba y recuperado su trono. La guerra se desataba otra vez en Europa. Sarratea les informó de sus gestiones ante Carlos IV por intermedio del conde de Cabarrús, tendientes a desunir a la familia real española y obtener para el Plata un gobierno dotado de legitimidad dinástica, con la coronación del infante Francisco de Paula. Como la gestión prometía ser favorable, se acordaron sus bases. Se crearía una monarquía independiente y constitucional, según el modelo inglés, que comprendería el Río de la Plata, Chile, Puno, Arequipa y Cusco. Carlos IV había dado su acuerdo en principio, pero un acontecimiento destruyó toda la combinación: el 18 de junio Napoleón fue vencido en Waterloo. El principio legitimista y la posición de Fernando VII quedaron consolidados en desmedro de las pretensiones de su padre. Carlos IV se negó a actuar sin la conformidad de Fernando, en la que no había ni que pensar. El plan fue abandonado.⁹

En julio se resolvió que Belgrano y Sarratea regresaran a Buenos Aires, permaneciendo Rivadavia en Londres a la espera de los acontecimientos. Este volvió a pensar en el plan originario de lograr un acuerdo directo con España, y con la colaboración de Sarratea entró en comunicación con un tal Gandasegui, a través de quien obtuvo en 1816 autorización de la corte para viajar a Madrid.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Entretanto, Álvarez Thomas había dado término a la misión en julio de 1815, pero a fin de año Belgrano, de regreso en Buenos Aires, logró que se ratificaran los poderes de Rivadavia. Sarratea se sintió desplazado de la nueva gestión y no dispuesto a regresar al país, se dedicó a perturbar las tramitaciones de su colega.

Ya en Madrid, Rivadavia solicitó que el rey estableciese las bases sobre las que podía lograrse la paz a la vez que protestaba su fidelidad al monarca y pedía indulgencia, actitud esta última tal vez política pero reñida con su jerarquía oficial y que en definitiva no impresionó al gabinete real. La intolerancia de Fernando VII impidió una vez más todo acuerdo y, en setiembre de 1816, Rivadavia regresó a Francia convencido de la intención española de someter a las Provincias Unidas por la fuerza.

En su conjunto las misiones diplomáticas directoriales —dejando aparte la propuesta personal de Alvear— representan un movimiento para salvar la revolución que parecía sumirse en el desastre militar y en la anarquía interior. Fundamentalmente traducen la actitud del binomio Posadas-Alvear y su partido, que desesperaba de la capacidad de los patriotas para imponerse a los españoles. Pero dentro de este planteo fueron llevadas a cabo con prudencia y dignidad y abrieron la vía para la expresión de la vocación monárquica de los hombres públicos argentinos, la que enraizaba en una larga tradición, vigente hasta hacía muy pocos años y vigorizada por el temor a la anarquía.

El Congreso de Tucumán

El Congreso de las Provincias Unidas, convocado por Álvarez Thomas, inauguró sus sesiones en Tucumán el 24 de marzo de 1816. Se reunieron allí representantes de todas las provincias argentinas con excepción de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, y lógicamente la Banda Oriental, pues hasta Córdoba —dudosa entre su fidelidad a la unidad y su reconocimiento al Protector— optó al fin por enviar sus diputados sin renegar sus opiniones políticas. También estaban representadas varias provincias del Alto Perú: Charcas, Cochabamba, Tupiza y Mizque. Una historiografía parcial ha restado méritos a los congresales, presentándolos como hombres mediocres, tal vez porque muchos de ellos no tuvieron puestos de primera fila en las violentas luchas de facciones que ocuparon al país en los siguientes treinta años. Sin embargo, como reconoce el mismo Mitre —no siempre condescendiente con el Congreso—, los diputados eran los hombres más representativos de sus respectivas provincias, valiendo este juicio tanto en relación a su capacidad intelectual como a su prudencia política. Clérigos y abogados en su gran mayoría, educados casi todos en las universidades de Córdoba, Charcas, Lima o Santiago de Chile, eran en su formación y modo de pensar decididamente representativos de sus provincias y por ende de la nación como conjunto. Tal vez sus dos figuras más notables hayan sido los doctores Serrano y Darregueira, diputados por Charcas y Buenos Aires respectivamente, y en seguida, por sus méritos y actividad, el riojano Castro Barros, los porteños Paso, Sáenz y Anchorena, y el chuquisaqueño Malabia, futuro ministro de la Corte Suprema de Justicia de Bolivia. De allí el juicio de Joaquín V. González: "Es justo decir que el Congreso de Tucumán ha sido la asamblea más nacional, más argentina y más representativa que haya existido jamás en nuestra historia".¹⁰

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

El Congreso se reunía en uno de los momentos más difíciles para la revolución. Los españoles dominaban el Alto Perú y Chile; el ejército del Norte estaba anarquizado; Artigas dominaba una cuarta parte de la nación; los conatos subversivos se habían extendido a Santiago del Estero y La Rioja; Díaz Vélez había sublevado el Ejército de Observación; España amenazaba con una expedición militar poderosa; comenzaban a llegar los primeros rumores de una posible invasión portuguesa y, caído Napoleón, los monarcas europeos se unían en una afirmación de legitimismo dinástico y restauración absolutista, enemigos declarados de los movimientos republicanos y revolucionarios, mientras Gran Bretaña, único reino liberal de Europa, se encontraba atada por sus compromisos con España y su lucha contra el predominio del zar de Rusia. Los cimientos del nuevo Estado crujían y se hacía evidente a los congresales la necesidad de consolidarlos declarando la independencia antes de que todo desapareciera entre la anarquía interna y la represión española. Afortunadamente aquellos hombres recobraron la visión nacional para superar sus enfoques localistas.

En este sentido, el Congreso fue coherente, aunque no haya sido homogéneo. Tres grupos bien definidos supieron convivir: los diputados centralistas (parte de los de Buenos Aires, los de Cuyo y algunos de las provincias interiores); los localistas (encabezados por los cordobeses y seguidos por otros provincianos y algunos porteños), y los diputados alto peruanos, con propensiones muy definidas y que procuraban un régimen que aunque centralizado estuviera libre de la influencia de Buenos Aires. Estas tendencias se expusieron con franqueza pero sin acritud en los debates, y sólo la delegación cordobesa exhibió un espíritu de partido, consecuente con la peculiar posición de esa provincia.

La primera preocupación del Congreso fue designar un Director Supremo con autoridad nacional. Se necesitaba en esos momentos un hombre a la vez enérgico y conciliador, no comprometido con las facciones en pugna, que fuera aceptable a las provincias interiores y a Buenos Aires. Los diputados cordobeses presentaron la candidatura del salteño Moldes, hombre de pasiones violentas y representante de un localismo extremista, o sea la antítesis de aquella necesidad. San Martín había entrado en relación con Pueyrredón —diputado ahora por San Luis— en 1814, y había descubierto las cualidades de éste. Los diputados de Cuyo apoyaron su candidatura, a la que adhirió Güemes y rápidamente los diputados porteños y altoperuanos.

Nacido en Buenos Aires, héroe de la Reconquista y de la retirada de Potosí, uno de los primeros en abrazar la causa de la independencia, vinculado a los intereses de San Luis durante tres años de destierro, Juan Martín de Pueyrredón había transitado por el escenario político sin embanderarse en ninguna de las facciones en pugna. Aparecía así como un hombre singularmente apto para lograr la conciliación y obtener la unidad necesaria para afianzar la independencia. El 2 de mayo se conoció en Tucumán el pacto de Santo Tomé y la renuncia de Álvarez Thomas. La noticia favoreció la candidatura de Pueyrredón como hombre de orden. Al día siguiente se realizó la elección, siendo designado por 23 votos contra dos, favorables a Moldes.

De inmediato Pueyrredón se trasladó a Salta para poner fin al litigio entre Rondeau y Güemes y asegurarse de la situación y fidelidad del ejército. Comprendió en seguida que la defensa de la frontera norte dependía de las guerrillas de Güemes, hasta que el ejército se recuperara material y moralmente. De regreso, reemplazó a Rondeau por Belgrano, cuyo prestigio entre sus oficiales

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

había sobrevivido a sus derrotas. Rondeau, ofendido, envió una renuncia donde veladamente insinuaba que el ejército resistiría un cambio de jefe. Pero Pueyrredón no era Alvear y la repetición del procedimiento no dio el mismo resultado. Belgrano fue urgido a tomar el mando lo antes posible y su sola presencia desvaneció la presunta resistencia.

El Director comenzaba a subordinar los diversos centros de poder a la conducción superior del Estado. En armonía de ideas con San Martín, estudió su proyecto de invadir Chile y decidió darle la máxima prioridad. Esta decisión identificó a los dos hombres y dio nuevo poder al Estado. En torno de una misión —la independencia— se iba configurando una unidad. Luego veremos hasta dónde Pueyrredón pudo concretar su propósito.

Mientras tanto, el Congreso de Tucumán se abocaba a discutir cuál era la forma jurídica más adecuada para la organización del Estado. San Martín no cesaba de presionar para que se acelerara la declaración de la independencia, criterio compartido por muchos congresales. En la sesión del 9 de julio, bajo la presidencia de turno de Laprida, diputado por San Juan, y en medio de la expectación del pueblo que llenaba las galerías y adyacencias de la sala de debates, el Congreso proclamó la independencia en los siguientes términos:

Nos los representantes de las Provincias Unidas de Sud América, reunidos en Congreso General, invocando al Eterno que preside el universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y a los hombres todos del Globo la justicia que regla nuestros votos; declaramos solemnemente a la faz de la tierra que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas, e investirse del alto carácter de nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli. Quedar en consecuencia de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia, e impere el cúmulo de las actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta voluntad, bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama. Comuníquese a quienes corresponda, para su publicación, y en obsequio del respeto que se debe a las naciones, detállense en un manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración. Dada en la sala de sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso y refrendada por nuestros diputados secretarios. Francisco Narciso de Laprida, presidente, Mariano Boedo, vicepresidente.

Seguían las firmas de los diputados Darregueira, Acevedo, Sánchez de Bustamante, Araoz, Gallo, Malabia, Colombre, Cabrera, Serrano, Rodríguez, Gorriti, Pérez Bulnes, Gascón, Rivera, Castro Barros, Thames, Maza, Paso, Sáenz, Medrano, Pacheco de Melo, Godoy Cruz, Uriarte, Sánchez de Loria, Salguero, Santa María de Oro y Anchorena.

Conocida en esos días la inminencia de una invasión portuguesa, la fórmula del juramento —realizado el 21 de julio— presentaba una significativa variante respecto del acta de la independencia: se agregó a la expresión "independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli" la expresión "y de toda otra dominación extranjera". El Congreso se curaba de sospechas de estar implicado en la invasión y redondeaba el sentido de la declaración del 9 de julio.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Se había concretado así el primer y principal Objetivo del Congreso: la independencia nacional. A través de su fórmula la asamblea subrayaba el triunfo de la idea americanista de la revolución. No se declaraban emancipadas las Provincias Unidas del Río de la Plata, sino las de Sud América, en un gesto de dramática amplitud, que importaba un compromiso hacia el resto del continente y una vocación de unidad. También representaba el Congreso el ideal de la unidad nacional frente a un localismo disolvente. Y por fin, en sus próximos pasos, representaría el ideal monárquico como solución de orden interno y de aceptación internacional.

Notas

1 Una excepción irrelevante era el marqués de Yaví. Tampoco abundaban los beneficios de órdenes nobiliarias. En Buenos Aires sólo dos personas poseían la Orden de Carlos III.

2 ZORRAQUÍN BECÚ Ricardo, Los grupos sociales en la Revolución de Mayo. Revista "Historia", n° 22. Buenos Aires, 1968, pág. 53.

3 LÓPEZ, Vicente F., Historia de la República Argentina. Ed. Sopena. Buenos Aires, 1939, tomo IV, págs. 314 y 482.

4 MARILUZ URQUIJO, José M., Proyecciones de la revolución sobre lo económico y lo social. Tercer Congreso Internacional de Historia de América. Buenos Aires, 1961, tomo III, págs. 119-20.

5 HAIGH, Samuel, Bosquejo de Buenos Aires, Chile y Perú. La Cultura Argentina. Buenos Aires, 1920, pág. 27.

6 GOÑI DEMARCHI, Carlos y SCALA, José N., La diplomacia argentina y la restauración de Fernando VII. Buenos Aires, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Instituto del Servicio Exterior de la Nación, 1968, páginas 4 y 51.

7 Citado por Gregorio Rodríguez, Contribución histórica y documental. Buenos Aires, Peuser, 1921, tomo I, pág. 103,

8 Citado por Vicente Sierra, ob. cit., tomo VI, pág. 311.

9 La situación tuvo una curiosa derivación, Cabarrús propuso entonces raptar al Infante, a lo que se avino Sarratea, pero Belgrano y Rivadavia se opusieron terminantemente.

10 Citado por Leoncio Gianello, Historia del Congreso de Tucumán. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1966, pág. 122.

18. Pueyrredón y San Martín

La era pueyrredoniana

En la brevedad de sus tres años de duración (1816-19), el gobierno de Pueyrredón ejerció una influencia tan definitiva para los destinos de la nación, que muy pocos gobiernos posteriores pueden reclamar. La gravedad de los escollos que debió afrontar y que determinaron algunos fracasos de trascendencia han oscurecido parcialmente el éxito de su principal objetivo: hacer posible en los hechos la independencia solemnemente declarada por el Congreso.

Porque el propósito, consciente y confeso, del general Pueyrredón, fue imponer al país un supremo esfuerzo para materializar, a través del brazo y la mente de San Martín, la liberación de Chile y la expedición al Perú. Este esfuerzo requería unidad política, sacrificios financieros y efectividad militar. Para lo último el Director tuvo plena fe en San Martín y le otorgó su máximo respaldo; para los otros dos presupuestos usó la persuasión cuando le fue posible y la fuerza de la autoridad cuando aquélla fracasaba, imponiendo al país un gobierno casi dictatorial, aun cuando funcionaba dentro de la estructura legal y con el respaldo del Congreso.

Paralelamente, Pueyrredón debió afrontar el conflicto de dominación con Artigas, la complicación gravísima de la invasión portuguesa a la Banda Oriental, y los conflictos localistas, que se extendieron al seno mismo de la ciudad de Buenos Aires, alimentados por el desgaste de un gobierno que, sumido en las más grandes necesidades financieras, castigaba las fortunas con empréstitos y gravámenes, y frenaba las expresiones de oposición.

La necesidad de mantener la unión de las provincias, aun contra la voluntad de éstas, han hecho del sistema político directorial el símbolo del hegemonismo porteño y de Pueyrredón su más conspicuo representante. Esta conclusión, seguida por la historiografía liberal y revisionista, es injusta en cuanto a Pueyrredón y falta de matices en cuanto al Directorio.

Éste no puede interpretarse monolíticamente. Indudablemente centralista, su actitud estuvo mitigada o no según se buscara sólo la unidad para la guerra o se persiguiera además la hegemonía porteña. Y si esta hegemonía se presentó en los comienzos de la revolución como una necesidad de la expansión revolucionaria, en el año de la independencia se imponía al criterio de muchos el hecho de que los excesos de la conducción porteña debilitaban la unidad del cuerpo nacional y hasta el proceso de la revolución. En el sistema directorial cupieron políticas tan opuestas como las de Alvear y Álvarez Thomas, porteña una y nacional la otra.

Al margen de estos vaivenes, el movimiento federal republicano se desarrollaba apoyado en las tensiones regionales, alimentadas a su vez por los cambios sociales y las variantes económicas. Pero este movimiento no estaba todavía maduro y aunque capaz de constituir un centro de resistencia violenta a la política directoral, necesitaría todavía un lustro para manifestarse bajo formas institucionales.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Mientras se desarrollaba este profundo proceso, debió gobernar Pueyrredón, primer jefe de Estado de la Argentina independiente. Fuese por captación de las necesidades de la situación, fuese por temperamento personal, intentó una política de equilibrio y moderación. Esta moderación no fue una actitud indefinida, sino el propósito concreto de obtener un estado de armonía nacional que posibilitara la obra de gobierno. Aunque puso una singular energía en reforzar la unidad nacional, no se identificó con el porteñismo, como lo prueba la oposición que padeció de los hombres de Buenos Aires. Ya en 1811, al disolverse la Junta Grande, había propuesto que se realizara un congreso general, pero prevenido ante las tendencias absorbentes de la capital, propuso que no se realizara en ésta, ni en una capital de provincia importante que tuviese la tentación de reemplazar a aquélla, ni donde hubiese una base militar —que "sería lo peor", decía—. En 1816 esta idea persistía en lo esencial y ante la propuesta del Congreso de instalarse en Buenos Aires, sugiere que ambos — Congreso y Director— reinstalen en Córdoba, para mejor inclinar la voluntad de esta provincia.¹

Su sentido de la realidad también lo oponía a ciertas actitudes del Congreso. Lo veía proclive a las teorizaciones —como lo reveló luego la constitución de 1819— y alarmado escribía a San Martín:

¡Y siempre doctores! Ellos gobiernan y pretenden gobernar al país con teorías, y con ellas nos conducen a la disolución.²

Y otra vez:

No hay duda, amigo, en que los doctores nos han de sumergir en el último desorden y en la anarquía. Si no apretamos los puños, estamos amenazados de ver al país convertido en un Argel de hombres con peluca.³

Por idénticas razones se opuso al reglamento constitucional de 1817, pero no pudo desentenderse del Congreso, tanto por respeto a la voluntad de los pueblos como por la particular circunstancia de ser un gobernante sin partido. Este hecho insólito, causa de sus mayores dificultades, le obligó a contar con un sustituto de partido, que fue la Logia Lautaro, orientada por San Martín y que constituyó una especie de segundo parlamento, donde Pueyrredón, si no obtuvo mayor libertad, logró identificación con sus propósitos principales. Pero su temor por la anarquía, en la que veía el mayor obstáculo a la realización de la empresa libertadora, le obligó a apretar los puños en demasía o a destiempo, y fue él y no sus adversarios, quien recibiría los peores golpes.

Si se quiere buscar otro indicio de la posición de Pueyrredón en el conflicto Buenos Aires-Interior, más que mirar a las desgraciadas campañas contra Entre Ríos y Santa Fe, conviene observar cuál fue la trayectoria posterior de los directoriales de su tiempo. No fueron ellos a engrosar las filas del futuro partido unitario, sino en casos excepcionales, como Valentín Gómez. En su mayoría integraron las filas del federalismo, como en el caso de Guido, Juan R. Balcarce, Viamonte, Obligado, López, Anchorena, etc.

Tampoco es casual que varios de ellos si se adhieran más tarde, a la política de Rosas, donde se entremezclaba el realismo político, el respeto a las provincias y la conducción nacional desde y por Buenos Aires.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

No obstante las buenas intenciones de Pueyrredón, las tensiones contra el Directorio afloraban por todos lados. Cuando llegó a Buenos Aires desde Tucumán, encontró a la capital dividida y prevenida contra el gobierno central y alarmada por la amenaza portuguesa. Simultáneamente, Córdoba y Santiago del Estero eran sacudidas por movimientos localistas. En Córdoba se sublevó Pérez Bulnes, artiguista decidido. El Congreso envió tropas —contra la opinión de Pueyrredón⁴— y finalmente Funes asumió el gobierno, partidario de la línea nacional. El conflicto santiagueño fue menor y la decidida actuación de Belgrano y Bustos condujo al rebelde teniente coronel Borges ante el piquete de fusilamiento.

A fines de 1816 Pueyrredón había logrado recuperar el control de todos los centros efectivos de poder, con excepción del núcleo de las provincias litorales. Pero eran tiempos de dominación inestable y en el mismo Buenos Aires había signos de crisis. El Director había agobiado a la ciudad con impuestos, empréstitos forzosos y compras pagadas con papeles de crédito, para concretar la expedición de San Martín a Chile. Los descontentos se multiplicaban. El coronel Soler era transferido a las órdenes de San Martín y el coronel Dorrego era desterrado a los Estados Unidos por revoltoso. Ya en 1817 fue descubierta una conspiración cuyos cabecillas militares eran French y Pagola y sus inspiradores políticos Agrelo, Chiclana, Manuel Moreno y Pazos Kanki. Todos fueron inmediatamente desterrados.

Simultáneamente se presentó en Buenos Aires José Miguel Carrera, el derrotado caudillo chileno, que intentaba pasar a su patria, lo que significaba una amenaza para la tranquilidad de San Martín y O'Higgins, que en ese momento cruzaban los Andes en busca de las fuerzas realistas, dada la mortal enemistad de Carrera con O'Higgins. Pueyrredón le impidió el viaje y se granjeó su enemistad. Carrera, refugiado en Montevideo, aprovechó la protección portuguesa para actuar contra el gobierno argentino. Luis y Juan José Carrera también intentaron pasar a Chile, pero fueron ejecutados en abril de 1818 por orden del gobernador de Mendoza, coronel Luzuriaga. José Miguel Carrera se unió entonces al grupo alvearista, que dirigido por Nicolás Herrera; y al que se agregaría a poco Alvear, residía en Montevideo. Estos antiguos procuradores de la sumisión a España se habían convertido en los defensores del sistema federal autonomista e iniciaron una guerra de libelos contra Pueyrredón, que le causó bastantes molestias.

Pese a estas preocupaciones, Pueyrredón se dedicó a la tarea, hasta entonces no emprendida, de organizar la administración del Estado. La revolución no había modificado sustancialmente la estructura institucional heredada de España. Los diversos ordenamientos constitucionales sucedidos desde 1810 sólo habían reglado la organización del Poder Ejecutivo y habían proclamado la independencia del Poder Judicial, que en la práctica permanecía imperfecta. Las nuevas normas administrativas no habían ido más allá de introducir modificaciones al sistema impositivo, organizar las secretarías de Estado, reorganizar el ejército y fijar normas sobre aduana y comercio exterior.

Pueyrredón, con la colaboración de Obligado y Gazcón, trató de organizar la hacienda pública. Se determinó la deuda pública, la toma de razón de los gastos y la amortización de los créditos. A la vez se creó la Caja Nacional de Fondos, precursora del Banco Nacional, la Casa de Moneda y se dictó el reglamento de Aduanas. En materia de guerra, con el aporte de Terrada y Guido, organizó el estado mayor permanente, el tribunal militar y propuso al Congreso el reglamento de corso, que resultó de suma utilidad en la guerra naval contra España.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

No se descuidó tampoco la educación, olvidada desde la revolución de mayo entre los afanes bélicos y las rencillas políticas. Se reabrió el viejo colegio de San Carlos, donde había estudiado toda la generación de la revolución, con el nuevo nombre de Colegio Unión del Sur, con aplicación del sistema de becas; se elevó a Academia la Escuela de matemáticas y se proyectó la ley de creación de la Universidad de Buenos Aires, que fue aprobada por el Congreso unos días después que Pueyrredón renunciara a su cargo. Por fin otras actividades culturales recibieron el apoyo del Director, en particular la Sociedad del Buen Gusto en el Teatro. Los periódicos proliferaron en esos años, desde el opositor La Crónica Argentina, hasta el oficialista El Censor, pasando por los moderados y cultos El Observador Americano y El Independiente.

La epopeya de San Martín

Desde 1815 el coronel mayor José de San Martín se había dedicado a armar un fuerte ejército en Cuyo, con el objeto primario de defender esa región de un ataque español desde Chile y con el propósito de pasar luego a la ofensiva. Su sorprendente actividad y notable capacidad le permitieron tener en octubre de ese año 2.800 hombres, y al reunirse el Congreso en Tucumán consideraba que sólo le hacían falta 1.600 más para estar en condiciones de invadir a Chile en el verano siguiente.

Sabía el peligro de dejar que los españoles se afirmaran del otro lado de los Andes y propuso a Balcarce, al Congreso y a Pueyrredón, sucesivamente y por gestiones de Guido y Godoy Cruz, un plan concreto para atacar a Chile: se trataba de amenazar con una invasión que obligara a los españoles a dispersar sus fuerzas, para caer sobre ellas y destruirlas en detalle. Logrado ello se abriría la puerta para una invasión marítima al Perú en vez de la azarosa ruta del Alto Perú. Por fin sugería una federación o alianza entre Chile y las Provincias Unidas.

Todas las opiniones fueron favorables al plan Pueyrredón decidió prestarle "la preferente dedicación de los esfuerzos de gobierno", y pocas semanas después se entrevistó en Córdoba con San Martín, donde se selló el entendimiento de los dos hombres en torno a la gran empresa. Desde entonces la misión de Pueyrredón consistió en mantener el país unido para dar tiempo a San Martín a cumplir su tarea, y proveerle de los medios necesarios para ello.

San Martín convertía a Mendoza en un gigantesco cuartel, donde se formaban soldados, se fabricaban armas, se cosían uniformes, se acumulaban vituallas, se reunían caballadas, se instruían oficiales y se recopilaba información militar sobre el enemigo; mientras tanto, el general abrumaba al Director Supremo con pedidos de armas, dinero y abastecimientos para las tropas, que desde agosto de 1816 habían recibido el nombre de Ejército de los Andes.

El 10 de setiembre Pueyrredón escribía a San Martín que ya no había en Buenos Aires de donde sacar un peso, pero aquél insistía. El 2 de noviembre Pueyrredón le envía la famosa carta que testimonia los esfuerzos realizados:

A más de las cuatrocientas frazadas remitidas de Córdoba, van ahora quinientos ponchos, únicos que he podido encontrar; están con repetición libradas órdenes a Córdoba para que se compren las que faltan al completo, librando su costo contra estas Cajas.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Está dada la orden más terminante al gobernador intendente para que haga regresar todos los arreos de mulas de esa ciudad y de la de San Juan; cuidaré su cumplimiento.

Está dada la orden para qua se remitan a Vd. mil arrobas de charqui, que me pide para mediados de diciembre: se hará.

Van oficios de reconocimiento a los cabildos de esa y demás ciudades de Cuyo.

Van los despachos de los oficiales.

Van todos los vestuarios pedidos y muchas más camisas. Si por casualidad faltasen de Córdoba en remitir las frazadas toque Vd. el arbitrio de un donativo de frazadas, ponchos o mantas viejas de ese vecindario y el de San Juan; no hay casa que no pueda desprenderse sin perjuicio de una manta vieja; es menester pordiosear cuando no hay otro remedio.

Van cuatrocientos recados.

Van hoy por el correo en un cajoncito los dos únicos clarines que se han encontrado.

En enero de esté año se remitieron a Vd. 1.389 arrobas de charqui.

Van los doscientos sables de repuesto que me pidió.

Van doscientas tiendas de campaña o pabellones, y no hay más.

Va el mundo. Va el demonio. Va la carne.

Y no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo, a bien que en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también para que Vd. me dé algo del charqui que le mando y no me vuelva a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la fortaleza.⁵

En los primeros días de enero de 1817 el ejército estaba a punto de iniciar la campaña. En ese momento el general realista La Serna ocupaba Jujuy luego de duros combates con las guerrillas, pero sólo para quedar sitiado en la ciudad. San Martín sabía que su flanco norte quedaba bien guardado. El 9 de enero comenzaron los movimientos del Ejército de los Andes. El plan era complejo. Consistía en almar a los españoles con ataques secundarios que les obligarían a la dispersión de sus fuerzas, mientras el grueso del ejército patrio cruzaba la cordillera por Mendoza. Las columnas de diversión cruzarían los Andes por el paso de Guana amenazando Coquimbo, por el paso de Come Caballos amenazando Copiapó, por el paso de Piuquenes en dirección a Santiago y por el paso del Planchón amenazando a Talca. Entre todas sólo suman 820 hombres. El ataque principal se hará en dirección a San Felipe, desde la cual se amenazaba a la vez a Santiago y Valparaíso.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Este ataque principal consistía en la marcha coordinada de dos columnas diferentes: una al mando de Las Heras avanzaría por el valle de Uspallata con la artillería y el parque del ejército (800 hombres de armas). El grueso (3.000 hombres) al mando de San Martín cruzaría los Andes más al norte por el valle de Los Patos. Las dos columnas debían reunirse en San Felipe.

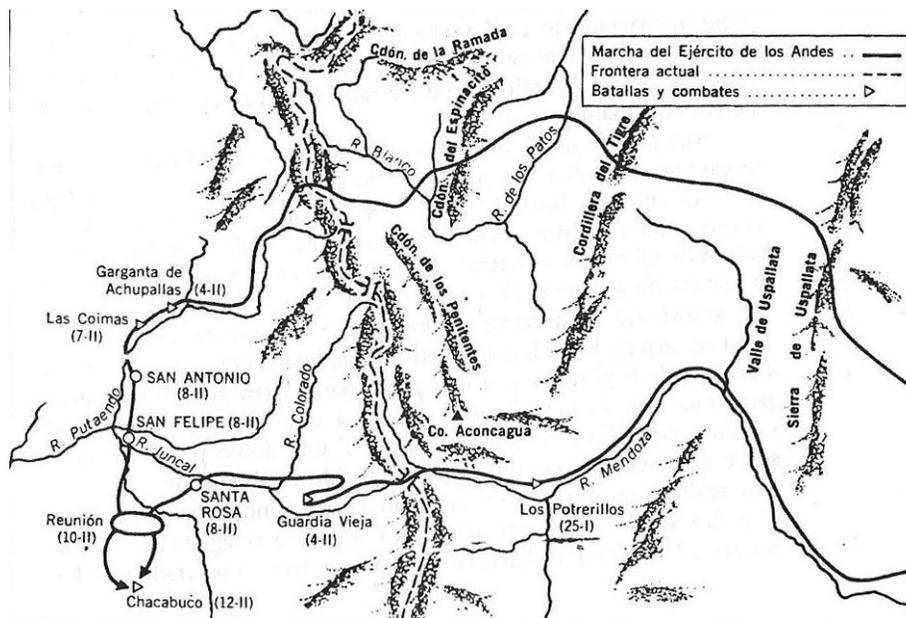
Este avance múltiple sobre un frente de más de dos mil kilómetros y a través de una altísima cordillera, complementado con una guerra de rumores, sumió a los españoles dirigidos por Marcó del Pont, en la incertidumbre sobre cuál sería el ataque principal. La operación patriota importaba grandes dificultades, no sólo por la altura de los pasos y por lo que significaba transportar un ejército de casi 4.000 combatientes, 1.400 auxiliares, 18 cañones, más de 9.000 mulas y 1.500 caballos, sino por los necesarios problemas de coordinación. Es precisamente en este sentido en que el cruce de los Andes alcanzó su expresión más admirable: el mismo día en que las dos columnas principales reunidas batían a los realistas en Chacabuco, Dávila ocupaba Copiapó, Cabot entraba en Coquimbo y Freire tomaba Talca.

Las previsiones de San Martín fueron completas. Previamente se habían constituido depósitos en el lado argentino de la cordillera y se había adelantado la caballada para su aclimatación. Las columnas iniciaron su marcha en distintas fechas de modo de concurrir simultáneamente sobre sus objetivos. En disciplina e instrucción, las tropas habían alcanzado un nivel no visto antes en los ejércitos revolucionarios. El servicio de informaciones y espionaje sobre el enemigo era también el más avanzado que se conociera en Sud América. San Martín había organizado el cuartel general, el estado mayor y los servicios auxiliares, comprendiendo en éstos un cuerpo de minadores, otro de baqueanos y un hospital volante.

Aunque la fuerza de los realistas en Chile llegaba a los 5.000 hombres, la incertidumbre sobre el ataque principal y la incapacidad de Marcó del Pont, que quiso asegurar simultáneamente varios puntos, dispersó sus fuerzas y las puso en inferioridad numérica frente a los patriotas. La instrucción y disciplina de los realistas oscilaba entre regular y buena. Cuando conoció el avance de San Martín, el general realista intentó una tardía concentración de tropas en el valle del Aconcagua.

Al avanzar el ejército a través de los Andes, los hombres de Las Heras batieron a los realistas en los pequeños encuentros de Los Potrerillos y Guardia Vieja, y el 8 de febrero de 1817 ocupaban Santa Rosa. El mismo día San Martín llegaba a San Felipe luego de batir destacamentos enemigos en Achupallas y Las Coimas. Las dos columnas giraron hacia el sur y el día 10 se encontraron al norte de la cuesta de Chacabuco, donde el brigadier Maroto esperaba a los patriotas con 3.000 hombres. La batalla consistió en un ataque frontal y otro de flanco destinado a cortar la retirada a los realistas. El 12 de febrero San Martín obtuvo un éxito rotundo, perdiendo los realistas casi la mitad de sus fuerzas. Marcó del Pont fue capturado mientras huía a Valparaíso. El 14 San Martín y O'Higgins entraban en Santiago. Unos días antes Pueyrredón le había escrito al primero:

Bien puede Vd. decir que no se ha visto un Director que tenga igual confianza en un general; debiéndose agregar que tampoco ha habido un general que la merezca más que Vd.⁶



Croquis representativo de los itinerarios y la coordinación de las diferentes columnas, en la operación del Paso de los Andes, bajo el mando supremo del general San Martín.

La confianza no había sido vana.

San Martín tenía instrucciones del gobierno de las Provincias Unidas de evitar toda impresión de conquista. Por el contrario, debía invitar a Chile a enviar sus diputados al Congreso de Tucumán para constituir un gran Estado y, en su defecto, concertar una alianza entre las dos naciones. Se autorizaba a San Martín para nombrar al brigadier Bernardo O'Higgins director provisional de Chile, cosa que hizo, y rehusó la primera magistratura que le habían ofrecido los vecinos de Santiago. También se le encomendó mantener un adecuado equilibrio entre la aristocracia chilena y las clases populares.

El general vencedor procedió inmediatamente a organizar la Logia Lautariana, filial chilena de la Lautaro, instrumento de poder político para respaldo de O'Higgins, que actuando en coordinación con la logia argentina tendía a producir una política coincidente de ambos gobiernos, orientada a materializar la segunda etapa del plan: la expedición al Perú. San Martín regresó en seguida a Buenos Aires para entrevistarse con Pueyrredón, con quien convino la creación de una fuerza naval que hiciese posible aquella expedición, y la continuidad del apoyo político y militar argentino.

Pero la campaña de Chile no había terminado. Los españoles se habían hecho fuertes en Concepción y Talcahuano, con escasas tropas pero protegidos por esta última fortaleza y en comunicación naval con Lima. Las Heras fue despachado con una división hacia aquellas plazas. Con sus victorias de Curupaligüe y Gavilán, se apoderó y aseguró Concepción. Luego Freire conquistó los fuertes del Arauco, quedando los realistas reducidos a Talcahuano.

O'Higgins asumió el mando y acrecentó y preparó al ejército para el ataque a la plaza fuerte, mientras multitud de combates menores, casi siempre favorables a los patriotas, jalonaban los

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Rayada, mientras las fuerzas patriotas cambiaban de posición para evitar precisamente ese ataque. En gran confusión, el ejército se dispersó y perdió sus bagajes y artillería. La noticia del desastre produjo pánico en Santiago. Pero San Martín, agrandándose en la adversidad, encargó el mando a Las Heras —que había salvado en Cancha Rayada a casi la mitad de las tropas— y marchó a la capital, donde desplegó tal actividad que diez días después el Ejército Unido estaba otra vez en disposición de defender a Santiago.

San Martín situó sus tropas en los llanos de Maipú, cerrando el camino de Santiago y amenazando a la vez la ruta a Valparaíso. El 5 de abril se libró la batalla. San Martín, por medio de un avance oblicuo, concentró el ataque sobre la derecha realista intentando rebasarla, mientras hacía un ataque secundario sobre la izquierda de aquéllos. Osorio concurrió con el grueso de sus tropas a sostener su derecha, rechazando el primer ataque patriota. Pero su izquierda, indefensa, cedió completamente, permitiendo el flanqueo de la posición por esta parte. San Martín utilizó la reserva para contener la derecha realista, cuya caballería, ubicada en el extremo de la línea, fue dispersada. Así una doble pinza se cerró sobre el grueso del ejército español, batido también por su frente. Los realistas se dispersaron en gran parte, aunque la división de Ordóñez se hizo fuerte en una finca situada a retaguardia. Allí le atacaron Las Heras y Balcarce y lo derrotaron completamente. La técnica de San Martín le permitió desequilibrar el frente adversario y obtener una victoria notable. Sólo 600 dispersos pudo reunir Osorio en fuga hacia el sur; el resto fueron muertos, heridos o prisioneros. La batalla decidió la suerte de Chile.

San Martín partió nuevamente para Buenos Aires en busca de fondos. Zapiola sitió Talcahuano, pero Osorio partió hacia el Perú con sus tropas. En tanto se había formado la escuadra patriota que obtuvo diversos triunfos, y desde entonces dominó el Pacífico asegurando las condiciones estratégicas de la campaña al Perú.

Pueyrredón prometió al Libertador quinientos mil pesos a obtenerse con un empréstito, mientras Chile prometía otros trescientos mil pesos. Pero el empréstito fracasó rotundamente tanto porque la población porteña, contribuyente principal, estaba cansada de exigencias financieras, como por la disminución del crédito político del Director y, por fin, porque tras el triunfo de Maipú muchos consideraron que se había obtenido seguridad suficiente contra el poder español y no era necesario hacer más esfuerzos. El gobierno chileno también se manifestó renuente a cumplir su compromiso con San Martín. Este optó por presionar a ambos gobiernos con su renuncia al mando del Ejército Unido, recomendando que ante la imposibilidad de expedicionar al Perú, el ejército argentino repasara los Andes para prestar servicios en su patria.

Pueyrredón y O'Higgins deseaban llevar adelante la empresa, pero enfrentaban serias dificultades financieras y políticas. La guerra del Litoral insumía a Pueyrredón recursos que podían haber favorecido el proyecto sanmartiniano. Además, se anunciaba una nueva expedición española al Río de la Plata. Por ello la sugerencia de San Martín, en vez de causar alarma, provocó en Buenos Aires cierto beneplácito. No obstante, Pueyrredón era el más fiel partidario de la expedición al Perú entre todo el elenco gobernante de las Provincias Unidas, como lo demostró apoyando decididamente la alianza argentino-chilena firmada en enero de 1819, donde ambos países se comprometían a liberar al Perú del dominio español.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Pero la guerra civil desatada imprudentemente contra Santa Fe iba a hacer escollar la buena voluntad del Director. A los pocos días de firmada la alianza debió comprometer al ejército de Belgrano en aquella lucha. Convencido de que los argumentos de San Martín eran ciertos, o aprovechándolos en función de las circunstancias, el 27 de febrero ordenó que el ejército de los Andes viniese a proteger a Buenos Aires de la anunciada expedición española.

La reacción chilena no se hizo esperar. O'Higgins declaró que asumía los gastos de la expedición, dándose por satisfecho con el aporte de doscientos mil pesos, única suma que pudo reunir el gobierno argentino. San Martín suspendió la orden de regreso de las tropas y Pueyrredón aprobó el nuevo plan y revocó su orden anterior. Pocos días después el avance realista en el norte argentino impulsó a Pueyrredón a insistir en el regreso del ejército. Entonces San Martín renunció al mando, logrando así que Pueyrredón revocara la orden por segunda vez y prevaleciera sobre sus temores su vocación americanista.

Pero el Director Supremo renunció a su cargo en junio de 1819. Su sucesor Rondeau ordenó en octubre de 1819 a San Martín el regreso del ejército argentino, con la intención de que participase en la lucha contra Santa Fe. El general resistió la orden hasta que en 1820 se enteró de la caída de Rondeau y la disolución del Congreso. Decidido a salvar la expedición al Perú, pináculo de su plan estratégico, renunció al mando ante sus jefes y oficiales, fundado en que ya no existían las autoridades de quienes emanaba su nombramiento. Esto no era más que un gesto. El 2 de abril aquellos militares labraron el Acta de Rancagua, dejando constancia de que rechazaban la renuncia porque la autoridad que recibió el Sr. general para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, porque su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable.

Con el apoyo de sus propios oficiales y del gobierno chileno San Martín siguió adelante con su proyecto mientras las autoridades argentinas se alejaban de éste, sumidas en la nebulosa de la guerra fratricida y la disolución nacional.

Ideas monárquicas y diplomacia

Desde 1815 el ideal republicano de los revolucionarios perdía terreno en beneficio de las ideas monárquicas. La necesidad cada vez mayor de restablecer el orden interno y el prestigio de la autoridad, la urgencia de conservar la unidad del Estado, el deterioro económico, fueron todos factores que impulsaron a adherirse a una forma monárquica de gobierno. Agréguese una larga tradición de fidelidad dinástica y se comprenderá que la monarquía mantenía un prestigio que la revolución no había logrado destruir.

En cierto sentido, tampoco había intentado hacerlo. El general Belgrano señalaba al recientemente instalado Congreso de Tucumán otra razón fundamental de aquella preferencia:

Como el espíritu general de las naciones, en años anteriores, era republicano todo, en el día se trataba de monarquizarlo todo. Que la nación inglesa, con el grandor y majestad a que se ha elevado, no por sus armas y riquezas, sino por una constitución de monarquía temperada, había estimulado a las demás a seguir su ejemplo.⁸

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

La opinión monárquica aparecía condicionada por los principios liberales, que evitaban el repudiado absolutismo. Inglaterra era el modelo indiscutido que superaba en mucho el de los Estados Unidos, caso que se consideraba brillante, pero inadaptable a las costumbres y condiciones de los pueblos hispanoamericanos.

Cuando se instaló el Congreso de Tucumán, la casi totalidad de sus integrantes se adhirieron a esta doctrina Constitucional. En las librerías de Buenos Aires se vendían La Constitución inglesa de Delolme y los Principios de Filosofía Moral y Política de William Paley. De los congresales, sólo uno, Jaime Zudáñez, tenía instrucciones expresas a favor del régimen republicano; algunos tenían mandatos amplísimos, como Acevedo, y otros, por fin, instrucciones explícitas a favor de la monarquía constitucional, como Carrasco y Malabia. Incluso aquellos hombres a quienes la historiografía tradicional ha presentado como republicanos, no lo fueron realmente. Fray Justo Santa María de Oro sólo se negó a votar la monarquía porque consideró que carecía de mandato sobre la forma de gobierno a adoptar, y no por oposición al sistema monárquico; Tomás de Anchorena se opuso sólo a la candidatura del Inca como rey, pero no al régimen ni a la coronación de un príncipe europeo; el mismo Agrelo hizo desde su periódico El Independiente la apología del régimen constitucional inglés; sólo Pazos Kanki y Manuel Moreno defendían la república en la prensa; Serrano abjuraba en pleno Congreso de su anterior vocación republicana, como lo haría tres años después Monteagudo en la prensa chilena; Belgrano proclamaba las ventajas de la monarquía desde su comando del ejército del Norte; Rivadavia, Sarratea, García, eran artífices de gestiones promonárquicas, emulados en esto por Pueyrredón; y San Martín consideraba a la monarquía como el sistema más adecuado a la América española.⁹

El sistema republicano sólo era defendido expresamente por los federales, y en 1816 federación era sinónimo de anarquía para los hombres de las Provincias Unidas, y únicamente los políticos más avezados de la Liga de los Pueblos Libres tenían conciencia del valor institucional de la federación.

No es extraño que declarada la independencia, el Congreso se entusiasmara con el plan de Manuel Belgrano, consistente en establecer una monarquía temperada, o sea constitucional, que enraizara en lo americano por medio de la coronación de un descendiente de los Incas. Una monarquía significaba para todos los diputados dar a la autoridad nacional el prestigio que las provincias le negaban al confundirla con los intereses de la ciudad capital. Para los diputados altoperuanos era, además, una oportunidad de arrebatarse a Buenos Aires el rango de capital para transferirla a Cuzco. El proyecto se injertaba en la literatura panegirista del imperio incásico que databa de los días del inca Garcilaso y que había sido renovada por los escritores franceses del siglo XVIII. Desde otro punto de vista, el proyecto de Belgrano respondía a la idea americanista de la revolución, pues suponía constituir un solo reino con el Río de la Plata, Chile y el Perú, creando un Estado por lo menos equivalente al Brasil en extensión. San Martín aplaudió el plan.¹⁰

Pero la misma circunstancia de que la candidatura del Inca atentara contra la situación privilegiada de Buenos Aires, provocó la oposición de sus diputados, cuyas hábiles argumentaciones —conocimiento impreciso de la persona del futuro monarca e implicaciones internacionales desfavorables— condujeron el proyecto al fracaso.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Las gestiones de García en Río de Janeiro y la invasión portuguesa a la Banda Oriental, suscitaron otro proyecto monárquico en el que se sugería la coronación de un príncipe de la Casa de Braganza o el casamiento de una princesa portuguesa con el presunto candidato inca. Ambas propuestas enfrentaban a España y Portugal en momentos en que ésta había invadido la Banda Oriental y, además, sería visto por el pueblo como una vergonzosa capitulación. Así lo vieron Pueyrredón y San Martín, quienes liquidaron el proyecto.

No se arredraron por el fracaso los congresales ni los demás monarquistas. Como habían dicho Belgrano y Rivadavia, la situación europea exigía una monarquía y los Estados Unidos no estaban en condiciones de apoyar abiertamente una república, ni siquiera reconocer la independencia de las Provincias Unidas, pues estaban en negociaciones con España para adquirir la Florida.

España, entre tanto, procuraba inducir a las potencias europeas a una intervención armada que le ayudara a dominar a las ex-colonias. Le apoyaba Rusia en el intento y lo resistía Gran Bretaña. Ante la invasión portuguesa a la Banda Oriental, España creyó llegada la ocasión de obtener un pronunciamiento de las potencias y en marzo de 1817 planteó la cuestión ante los embajadores de la Cuádruple Alianza en París. Tras varias tramitaciones, Gran Bretaña contestó con el Memorándum Confidencial (agosto de 1817) donde sentó las bases de su posible intervención: amnistía general a los rebeldes, comunidad de derechos para españoles europeos y americanos e igualdad política y administrativa para unos y otros. Bajo ningún concepto su intervención sería armada ni garantizaría acuerdos que supusieran la posibilidad de tal intervención. La respuesta era lapidaria para las intenciones de Fernando VII y del zar, Gran Bretaña procuraba mantener a Rusia alejada de América así como impedir el restablecimiento del imperio español. Austria y Prusia se adhirieron a la tesis inglesa, definiendo la cuestión. Desde entonces España quedó prácticamente sola frente a sus ex posesiones, sin esperanza de apoyo exterior.

Esta situación, el triunfo obtenido en Chile y la perspectiva de que Portugal detuviera su avance al este del Uruguay, impulsó al gobierno argentino a una actitud más enérgica en materia internacional, mientras se especulaba con la favorable impresión dada a la misión norteamericana que acababa de visitar a Buenos Aires para estudiar la posibilidad de un reconocimiento de la independencia. Por ello el Congreso advirtió a Rivadavia que no propusiera como candidato al trono a un príncipe español. San Martín, desde Chile, procuraba por su cuenta interesar a Gran Bretaña, sugiriendo la posibilidad de coronar un príncipe inglés.

En estas circunstancias llegó a Buenos Aires el coronel francés Le Moyne, en agosto de 1818. Desde hacía un tiempo Francia trataba de convencer a España para que aceptara la instalación pacífica de una monarquía en América, especulando con su posición privilegiada de reino borbónico para el caso en que los americanos no aceptaran un príncipe de la rama española. La misión de Le Moyne era oficiosa y de tanteo, aunque conocida por el primer ministro francés, duque de Richelieu. Pueyrredón sorprendió al enviado cuando, respondiendo a una idea personal suya, le propuso que se coronara en el Plata a Luis Felipe de Orleans, sobrino de Luis XVIII. No podemos afirmar si Pueyrredón tomó en serio la cuestión o si trató solamente de obtener el apoyo francés. En todo caso, el candidato no era bien visto por el rey de Francia por sus anteriores veleidades revolucionarias y sus actuales pretensiones a la corona de su tío. Sea lo que fuere, lo cierto es que la idea ganó terreno en Buenos Aires y dos meses después el canónigo doctor

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Valentín Gómez era designado reemplazante de Rivadavia en Europa para lograr el reconocimiento español de la independencia y gestionar la candidatura del duque de Orleans.

Cuando Gómez llegó a París había caído Richelieu y le reemplazaba Desolles. Este manifestó ignorar la gestión de Le Moine desahuciando implícitamente la candidatura de Orleans, propuso la conmovición del príncipe de Luca, Borbón por línea materna y ex heredero del reino de Etruria. Gómez manifestó su desagrado por la propuesta de "un príncipe sin respetabilidad, sin poder y sin fuerza" y además sin sucesión. En efecto, para los gobernantes y políticos de las Provincias Unidas, un príncipe no valía por su persona sino por el poder y las garantías internacionales que representaba.

Cuando el informe de Gómez llegó a Buenos Aires gobernaba ya Rondeau. El Congreso consideró que la candidatura del príncipe de Luca era contraria a la constitución recientemente sancionada y que seguramente Londres no le daría su apoyo, pero tratándose de una gestión que podía contribuir a detener la expedición española, se autorizó a Gómez a continuar sus trámites. Esta respuesta llegó a París cuando Desolles había renunciado a su vez y la candidatura de Luca estaba descartada. Los acontecimientos posteriores de las Provincias Unidas, al conducir a la disolución nacional y al triunfo de los federalistas, pusieron fin definitivamente a los intentos monárquicos. La monarquía había sido ante todo el instrumento de la unidad, el arma contra la disolución anárquica. Los federales triunfantes —los anarquistas, según los defensores de la unidad— descubrieron tardíamente en la intentona monárquica su enemiga, y nadie lo manifestó mejor y con más resentimiento que Sarratea, precisamente uno de los anteriores agentes de aquélla convertido al federalismo por interés.

La evolución constitucional

Nueve años de revolución no habían bastado para afirmar el republicanismo en el ex Virreinato y en cambio habían desilusionado a muchos republicanos de la primera hora. Pero, sin duda, había prosperado ampliamente otro de los presupuestos de la revolución política sufrida por el orbe occidental desde los días de Montesquieu: el constitucionalismo.

La primera y más valiosa manifestación de esta corriente fue la constitución —republicana y federal— de los Estados Unidos de América. Pocos años después le seguiría la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en Francia, en la que se leía:

"Toda sociedad donde la garantía de los derechos no esté asegurada, ni la separación de los poderes determinada, no tiene verdadera constitución".

Estos dos principios quedaron como, pilares inmutables del constitucionalismo decimonónico y se manifestaron en las constituciones francesas de 1791, 1793 y 1795 y en la de Cádiz, las que se inscribían en la tradición liberal del siglo XVIII.

Quienes impulsaron el desarrollo constitucional de las Provincias Unidas en la primera década de gobierno propio fueron precisamente los liberales, o al menos hombres en alguna medida permeables a los valores caros al liberalismo. Estos hombres, que admiraron en su momento las realizaciones

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

norteamericanas y que leían a Thomas Paine, se inclinaron luego por las tradiciones monárquicas, fieles al pensamiento de Montesquieu. Sin embargo, todos sus ensayos constitucionales esquivaron cuidadosamente la definición de la forma de gobierno, aunque de hecho tal forma fue republicana. La explicación debe buscarse, no en el orden doctrinario, sino en la situación jurídica de estos países: mientras no hubo declaración formal de independencia, no podía reglarse sino una forma local de gobierno que excluía un monarca y aun hacía discutible una regencia. Después de julio de 1816, la adopción de la monarquía hubiera constituido una opción difícil para el Congreso, en buena medida a causa de las implicaciones internacionales del proyecto. La situación resulta paradójica y la vacilación de los congresales tiene el valor de un atisbo del futuro próximo.

Por su parte los federalistas, en esta década, no buscaban concretar sus aspiraciones en una constitución formal. Las circunstancias de la guerra civil, al realzar la vocación caudillesca, dio a estas federaciones provincianas una forma autocrática que se compaginaba mal con las exigencias de una constitución escrita, que sólo se hicieron visibles unos años después, cuando la paz interprovincial permitió una organización jurídica e institucional más estable. Y cuando estas constituciones provinciales aparecieron, no se diferenciaron fundamentalmente de los textos constitucionales liberales, lo que prueba que en definitiva los federales de entonces más que antiliberales, eran hombres de profundo localismo y practicidad, que habían tamizado las ideas liberales en el cernidor de sus experiencias regionales. Pero es verdad que a través de estas últimas el federalismo adquiría características más autóctonas y en consecuencia nuevas y menos tradicionales.

No es éste el lugar para el análisis de las causas del federalismo, que haremos más adelante, pero interesa dejar claro que, desde el punto de vista jurídico-constitucional y como doctrina política, respondía orientaciones modernas y liberales. Su autocracia práctica, basada en el asentimiento popular, no halla raíces ni en la burocracia de los Austrias ni en el despotismo centralizador de los Borbones. Los caudillos americanos del siglo XVI habían desaparecido y a dos siglos de distancia no podían tener relación de paternidad con el nuevo régimen. Este era una creación flamante de las nuevas entidades políticas provinciales, independientes de hecho. Su tradicionalismo era social, no político, y menos jurídico, y se refería a la tendencia autonómica que se había manifestado ancestralmente en su vida. Por este camino encontró la federación su mejor adaptación a las aspiraciones provinciales, obtuvo carta de ciudadanía y a la larga valor de tradición.

El proceso constituyente de la primera década no se integra sólo con estatutos constitucionales. Concurren a él otras leyes, como la ley de prensa de 1812, el decreto sobre seguridad individual de 1811, el reglamento de secretarios de Estado de 1814, el reglamento de justicia de 1812, etc.

Los autores de estas normas y estatutos no olvidaron la consigna de la Declaración de los Derechos del Hombre: garantía de los derechos y separación de poderes. Pero en la práctica esta última no fue inmediata ni perfecta. Aunque ya el acta del 25 de mayo de 1810 excluía a la Junta del ejercicio del poder judicial, de hecho, y aun de derecho, el Poder Ejecutivo siguió ejerciendo funciones judiciales limitadas mucho después de creada la Cámara de Apelaciones. Las funciones legislativas también estuvieron deficientemente separadas de las ejecutivas, pues si bien el Reglamento Provisional de 1811 estableció tajantemente esa separación, fue derogado inmediatamente y aun durante la existencia de la Asamblea de 1813 y del Congreso de 1816 el Ejecutivo dictó numerosas normas de alcance legislativo.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Mientras se tomaba lentamente conciencia de esta separación de poderes, consagrada en los textos, se ponía preferente atención en la garantía de los derechos de los habitantes. En este sentido, los ensayos constitucionales de la década fueron verdaderos aciertos y muchos de sus artículos pasaron casi textualmente a la Constitución de 1853. Estas normas, reiteradas sin pausa, llegaron a tener para los argentinos un prestigio casi mítico.

La fuente de inspiración fue tanto la citada Declaración de los Derechos del Hombre de 1789 como el Bill of Rights de Virginia de 1776 y las constituciones francesas del periodo revolucionario. Estos derechos fundamentales hacían referencia a la vida, la libertad la igualdad, la propiedad, la seguridad y la honra. Se protegía el derecho de obrar según el propio arbitrio mientras no se violaran las leyes ni se dañara el derecho de otros: no ser obligado a hacer lo que no manda la ley ni privado de lo que ella no prohíbe, no ser juzgado sino en virtud de ley anterior al hecho que motiva el proceso. Se establecía que las acciones privadas de los hombres, que no ofenden el orden público, ni perjudican a un tercero, están reservadas a Dios y exentas de la autoridad de los magistrados. Durante decenas de años en el siglo XX los alumnos argentinos han repetido estas normas de la Constitución de 1853, ignorando en su inmensa mayoría que ésta no hacía sino repetir los preceptos del Estatuto de 1815 y del Reglamento de 1817.

Pero además de los derechos, se reglaban —de modo muy lato— los deberes del hombre, siguiendo —señalan Tau Anzoátegui y Martí¹¹— a la constitución francesa de 1795. Se debía sumisión completa a la ley, obediencia y respeto a los magistrados, sobrellevar gustoso los sacrificios que exija la Patria, y conducirse como hombre de bien, buen padre, buen hijo y buen amigo.

Reiteradamente hemos señalado la propensión de Buenos Aires a ejercer una conducción centralizada y hegemónica sobre el país y la correlativa resistencia de las ciudades del interior a esa conducción, así como la defensa de sus derechos, pretendiendo que fueran iguales a los de la capital. Este enfrentamiento se tradujo también en los cuerpos constitucionales que, al igual que el proceso político, siguió una oscilación pendular, aunque con acento en el centralismo, como consecuencia de la guerra por la independencia.

A la tendencia centralista respondieron el Reglamento del 25 de Mayo de 1810, el Estatuto Provisional de 1811 —factura rivadaviana—, la creación del Directorio Supremo y del Consejo de Estado de 1814, el Reglamento Provisorio de 1817 y la Constitución de 1819. A una tendencia más favorable a los derechos de las provincias corresponden las Juntas Provinciales y la Junta Grande en 1810, el Reglamento Orgánico de 1811 —el más efímero de nuestros cuerpos constitucionales—, el Estatuto de 1813 y el Estatuto Provisional de 1815.

Hasta 1813 inclusive estas normas fueron incompletas y breves. Pero ya el Estatuto de 1815 tiene los caracteres de una verdadera constitución. No fue aceptado por las provincias —pese a serles favorables sus disposiciones— por emanar de un Ejecutivo provisional. Ello originó que el Congreso dictara el Reglamento de 1817, mientras se estudiaba una constitución y se discutía la forma de gobierno. No innovó mayormente en cuanto a los gobiernos provinciales, pero limitó las del Ejecutivo en beneficio del Legislativo, provocando el disgusto de Pueyrredón.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

La Constitución de 1819 tuvo una larga elaboración. Más concisa que las anteriores, tuvo por objeto proveer una organización que fuera válida tanto para un régimen republicano como para uno monárquico. Con ese objeto restablecía al lado del Director Supremo un Consejo de Estado. El Poder Legislativo era bicameral, con una Cámara de Representantes elegida por el pueblo de la nación y un Senado integrado por las principales corporaciones del Estado: la Iglesia, el Ejército, las provincias, las universidades y por los directores supremos salientes. La intención de compaginar un cuerpo democrático con uno aristocrático era evidente. La preocupación por la unidad hizo —por otra parte— que no se concediera casi nada a las aspiraciones provinciales, y aun los senadores de éstas eran elegidos por el propio Senado sobre la base, de una terna elevada por los electores de los cabildos de cada provincia.

Esta Constitución —en cuya génesis se reconocen, además de las elaboraciones locales, influencias de la constitución norteamericana, de la francesa de 1791 y de la de Cádiz— pudo haber tenido un destino brillante en 1813, cuando las provincias no eran todavía francamente indóciles a la autoridad central y ésta conservaba una buena dosis de prestigio. Pero en 1819 era un fruto tardío condenado al fracaso, cualesquiera fuesen sus virtudes. Excesivamente teórica, perfecta construcción de gabinete, fue obra, más que de políticos, de teorizadores, de aquellos a quienes tanto temía Pueyrredón.

La Constitución fue jurada por todas las provincias menos las del Litoral, pero su vigencia iba a ser efímera, pues antes de ocho meses habrían desaparecido Directorio, Congreso y Constitución.

La manzana de la discordia

Cuando Pueyrredón asumió el gobierno, la amenaza de una invasión portuguesa a la Banda Oriental hacía temer la formación de un tercer frente de guerra para la revolución y la eventualidad de una alianza hispanolusitana. Puso además al gobierno nacional ante el dilema de sostener a Artigas, caudillo rebelde enemigo del poder central y dispuesto a usar su fuerza política y militar contra éste, o aparecer como cómplice de la invasión extranjera. Así, la Banda Oriental se transformó en la verdadera manzana de la discordia.

Las aspiraciones portuguesas al Río de la Plata databan de antiguo. La creación del Virreinato había puesto un serio freno a aquellas apetencias, pero la revolución de mayo les abrió nuevas perspectivas, como se evidenció en 1812. Desde entonces el armisticio Rademaker constituyó un nuevo muro de contención, pero a medida que se iba consumando la independencia de hecho de la Banda Oriental, como resultado de la acción de Artigas, Portugal vislumbraba nuevas ocasiones de intervención.

En los últimos meses se había modificado sustancialmente la situación portuguesa. En diciembre de 1815 Portugal se había transformado en el Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve, a lo que se añadía la decisión de mantener la corte en Río de Janeiro. Todo esto importaba una afirmación americana del Reino, a la que parecía dar nuevo impulso la ascensión al trono de Juan VI, hasta entonces príncipe regente. Por primera vez un rey residía en América. El colonialismo lusitano había terminado.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

Brasil estaba cansado en buena medida de la protección británica, cuya alianza con España le cerraba el camino de la expansión sobre los agitados dominios de ésta. Fernando VII no estaba en situación de impedir ninguna acción portuguesa y la posibilidad de que lo hiciera Gran Bretaña se neutralizaba si la acción de Portugal se fundaba en la necesidad de proteger su frontera contra los desmanes de Artigas. Buenos Aires tampoco podría impedir una invasión a la Banda Oriental, después del desastre de Sipe-Sipe, y debía aplicar todos sus esfuerzos a proteger su frontera norte. La claridad de este planteo llevó al gabinete lusobrasileño a disponer la invasión de la Banda Oriental, seguro de que podría apoderarse impunemente de la preciada provincia. Según las circunstancias, podría igualmente aspirar a ocupar todas las tierras al este del Paraná.

Manuel J. García conoció pronto los planes de invasión. Convencido de que las Provincias Unidas no podrían evitar lo que no podían impedir Gran Bretaña y España juntas, comenzó por su cuenta y riesgo una política de acercamiento a la corte portuguesa para obtener alguna ventaja de un paso tan desventajoso como el decidido por Juan VI. Esta política fue desconocida en sus detalles por las autoridades argentinas, pues García sólo dio informaciones muy veladas y fragmentarias por temor a que las "filtraciones" de sus informes perjudicaran sus planes. En lo fundamental, consistía en una política de buena vecindad que abriera el camino a una posterior alianza, protectorado o unión con la nueva potencia americana, cuyo interés sería fortalecer a las naciones americanas frente a las de Europa o agrandarse ella misma en América.

Creía García que Artigas, que casi había destruido al gobierno central de las Provincias Unidas, podría llegar a afirmarse lo bastante como para ser él quien llegara a acuerdos directos con España o Portugal, como lo evidenciaba la misión Redruello, posibilidad a la que Buenos Aires debía salir al paso. No tenía ejército suficiente ni prestigio político para dominar al rebelde. En consecuencia necesitaba la ayuda de una potencia amiga, que sería Portugal. Mientras éste destruía a Artigas, las Provincias Unidas podían adoptar una actitud tolerante que abriera el camino para una transacción posterior. Si los portugueses se quedaban con la Banda Oriental, no era eso tan grave desde que Artigas ya la dominaba y el Directorio había renunciado a ella. Cuando el 9 de junio de 1816 tuvo la confirmación de que los portugueses llevarían a cabo la invasión, transmitió este plan a Buenos Aires con una cierta claridad.

Hasta entonces, tanto Álvarez Thomas como Balcarce, sólo sabían que García procuraba un acuerdo con Portugal. Balcarce al recibir estas noticias se manifestó conforme con el plan en "cuanto asegure la independencia y seguridad del país" y creyó que el movimiento de tropas lusitanas sobre la frontera obligaría a Artigas a mirar hacia su límite norte y permitiría librar de su influencia al litoral argentino. Pero no llegó a dar ninguna instrucción a García, ni sabía si la invasión se concretaría o era una mera especulación del enviado argentino.

La política de García era ciertamente riesgosa e ingenua, pero debe juzgarse a la luz de los criterios de una época en que la idea de la nación y sus límites era vaga y cuando Artigas era considerada un poder emancipado y amenazante.

Entretanto, la situación del Director interino Balcarce era muy confusa. Igual que su antecesor, su primera preocupación fue hacer la paz con Artigas y Santa Fe. El 28 de mayo de 1816 logró un acuerdo con Santa Fe, reconociendo su independencia provincial y consiguiendo que enviara sus

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

diputados al Congreso de Tucumán. Pero esta paz se había gestado a espaldas del Protector Artigas y éste la desaprobó. El gobernador de Santa Fe —Vera— aprovechó que Balcarce quiso hacer ratificar el convenio por el Congreso para denunciar su incumplimiento.

Cuando el 17 de junio se tuvo en Buenos Aires el primer indicio de que Portugal invadiría la Banda Oriental, los localistas porteños¹² arremetieron en críticas contra el Director, cuya conducta cautelosa —consecuencia de la correspondencia de García— les parecía complicidad. Ante la presión popular, dirigida por el Cabildo, Balcarce renunció el 11 de julio, y el Cabildo ordenó suspender en seguida toda actividad contra Artigas. Lo curioso del caso, que demuestra la fuerza de las pasiones y la inconsecuencia de los hombres, fue que Díaz Vélez, creyendo ver en la renuncia de Balcarce un triunfo del Cabildo, la desconoció, y enterado de la presencia de tropas de Artigas en Rosario, ordenó a las suyas penetrar en Santa Fe, reanudando una guerra contra la cual él se había sublevado pocas semanas antes. La paradoja de Álvarez Thomas se repetía.

Este paso absurdo puso a Artigas entre dos fuegos y le convenció de que la invasión portuguesa respondía a un acuerdo secreto con el Directorio, y aumentó sus rencores contra éste.

Cuando Pueyrredón llegó a Buenos Aires a fines de julio, encontró el problema oriental planteado en estos difíciles términos. Pidió instrucciones al Congreso, y éste, ante los informes de García, entendió que carecía de medios para repeler la invasión, ordenó que continuara la gestión y dispuso enviar dos comisionados ante el general Lecor, jefe de las fuerzas portuguesas de invasión, para reclamarle el cumplimiento del armisticio de 1812 y pedirle explicaciones. A la vez encargó a Pueyrredón que reforzase rápidamente a San Martín, que pusiese al país en pie de defensa y que llamase a Artigas a la concordia.

No era poco lo que pedía el Congreso al Director, pero no era más de lo que la situación exigía. El problema no podía verse sino en relación con los otros teatros de la acción revolucionaria. Se había prometido el máximo apoyo a San Martín para liberar a Chile y despejar el flanco occidental de las Provincias Unidas. El país no podía soportar dos guerras a la vez y esto era innegable para cualquier persona sensata. La política del Congreso, tendiente a ganar tiempo, no era pues desacertada.

En las Instrucciones a los comisionados —Juan Florencio Terrada y Miguel de Irigoyen— se dejaba constancia de que las Provincias Unidas no habían renunciado a la Banda Oriental, que estaban dispuestas a establecer un régimen monárquico constitucional y que se vería con interés que Brasil se constituyera en protector de la independencia de estas Provincias. Debían hacer notar la obstinación de la nación en subsistir independiente y, eventualmente, ofrecerían el trono a un infante de la casa de Braganza o a una infanta de ella que casase con un príncipe extranjero destinado a reinar aquí. Por fin, debían justificar la ayuda dada a Artigas como una exigencia de la opinión pública. Además, en un pliego de instrucciones "reservadísimas", se establecía que si se exigiese la incorporación de las Provincias al Brasil, se opondrían enérgicamente, admitiendo en último caso una unión en el rey, pero como Estados separados.

Parece ser que en ese momento Pueyrredón decidió arriesgarlo todo, incluso la posibilidad de la guerra, frente al clamor de la opinión pública y ante la actitud del Congreso, que consideraba muy poco firme. Con ese fin envió ante Lecor al coronel de Vedia para pedirle explicaciones e informó

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

al Cabildo de Montevideo que había resuelto abandonar la actitud de expectación observada hasta entonces, lo que implicaba poner fin a su neutralidad.¹³ Simultáneamente protestó ante el Congreso por considerar poco dignas las instrucciones recibidas y propuso que se exigiera a Brasil, como paso previo a toda negociación, el reconocimiento de nuestra independencia. Si así no se hiciera, pedía ser relevado del cargo de Director.

Esta bizarra actitud tal vez arriesgaba más de lo que la nación podía. Lecor acababa de informar a Vedia que venía a tomar posesión de la Banda Oriental, lo que demostraba la resolución y las intenciones del gabinete de Río de Janeiro. A la vez decía guardar neutralidad con Buenos Aires, y señalaba que no se había violado el armisticio de 1812 desde que la Banda Oriental era independiente de las Provincias Unidas. Para colmo de males, la derrota de Artigas por las armas portuguesas hacía imposible recurrir a una guerra de guerrillas efectiva, procedimiento en el que habían descansado San Martín y Pueyrredón en un primer momento. Además, Artigas suponía a Buenos Aires en complicidad con Río de Janeiro y en represalia le cerró los puertos orientales.

La situación adquiriría una creciente dramática. Lecor ya avanzaba sobre Montevideo y el gobernador delegado de esta plaza, Barreiro, pidió ayuda a Pueyrredón. Éste contestó que reconociera al Congreso y al Director para que el avance de Lecor cayera dentro del armisticio de 1812, obligándole a retirarse o a luchar contra las Provincias Unidas.

Pueyrredón estaba convencido a esa altura de los acontecimientos que el único desenlace era la guerra. Carente de facultades para declararla, buscó apoyo en una Junta de notables, pero ésta opinó en contra suya. No obstante, el 8 de diciembre los delegados de Barreiro firmaron el Acta de Incorporación de la Banda Oriental a las Provincias Unidas. Ahora la guerra era segura, pero los propios orientales sacaron al gobierno central del apuro en que lo había puesto la actitud de Pueyrredón. El Acta era contraria a los más caros sentimientos —y resentimientos— de Artigas, quien el 26 de diciembre salió al paso de las dificultades opuestas por Barreiro al Acta, ordenando que fuese quemada públicamente en todas las ciudades orientales. Esta reacción violenta cortaba la política de Pueyrredón, libraba al Congreso de la obligación de declarar la guerra, y dejaba a Artigas solo ante el poderoso ejército invasor.

El 20 de enero de 1817 Lecor entró en Montevideo sin encontrar resistencia, mientras Barreiro se retiraba a la campaña a hostigar a los invasores. El 31 de enero el Cabildo de Montevideo pedía la anexión al Brasil en términos injuriosos para Artigas, hasta el día anterior ¡el omnímodo Protector!

El gesto belicista del Director Supremo tuvo el efecto de despertar en el Congreso una política más enérgica hacia los portugueses. Las nuevas bases que se establecieron para negociar eran: 1) reconocimiento solemne de la independencia o al menos promesa secreta de hacerlo en el futuro, garantida por Gran Bretaña; 2) manifestaciones formales y escritas del gobierno portugués sobre sus intenciones; 3) garantía de no auxiliar a España; 4) imposibilidad absoluta de formar un solo estado con el Reino Unido de Portugal y Brasil; 5) disposición monárquica constitucional y eventual aceptación como rey de un infante de la casa de Braganza.

En los primeros meses de 1817 acreció la lucha entre portugueses y orientales. La reacción de Lecor llegó hasta amenazar a las familias de los guerrilleros, a quienes prometió tratar como

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

delincuentes comunes. Pueyrredón, que acababa de recibir la noticia de Chacabuco, consideró factible retornar a la línea dura y anunció que si Lecor realizaba sus amenazas, tomaría represalias sobre los portugueses residentes en Buenos Aires. Prometió auxiliar a los orientales, pues su lucha protegía a las Provincias Unidas, suspendió el envío de comisionados a Río, internó a los portugueses de Buenos Aires y declaró que sólo negociaría si se reconocía la independencia y se evacuaba la Banda Oriental.

Esta actitud del gobierno argentino hizo que tanto Lecor como la corte de Río de Janeiro adoptaran una actitud más cauta y conciliadora hacia Buenos Aires, mientras se cuidaban de afirmar su dominio sobre la Banda Oriental.

Artigas, definitivamente alejado de Pueyrredón, en vez de aprovechar su actitud, había fracasado en la conducción de la guerra y su prestigio disminuía entre sus hombres; Otorgués intentó emanciparse de él, los coroneles Bauzá y Oribe le abandonaron, y en Entre Ríos Ereñú buscó un entendimiento con el Director Supremo. A su vez, Barreiro pagaba sus intentos de independencia en la cárcel del Protector.

A mediados de 1817 el problema oriental entraba en una nueva etapa.

El traspie del Litoral

La obra de estabilización emprendida por Pueyrredón pudo haber dado mayor fruto si en los últimos meses de 1817 no hubiera cometido un error fatal que le llevó a consumir su atención y recursos en la guerra civil.

La campaña de Chile se desarrollaba favorablemente y parecía acertado no esperar amenazas más graves de Portugal. La declinación de Artigas se acentuaba, por lo que la declaración de guerra que hizo a Pueyrredón en noviembre de 1817 no merecía mayor cuidado.

Cuando Ereñú, disgustado con Artigas y receloso del apoyo que daba a Francisco Ramírez, se puso en contacto con el Director, éste supuso que el poder de aquél era mucho mayor del que realmente tenía, y avizó la posibilidad de recuperar a través de Ereñú el dominio sobre Entre Ríos, aislando a Santa Fe de Artigas para luego reducirla a la obediencia.

El plan era atrayente si hubiese tenido bases serias y hubiese sido ejecutado con eficacia. Pero ni Ereñú era un jefe indiscutido y poderoso ni Pueyrredón disponía de fuerzas suficientes para lograr una rápida definición. No obstante, éste se dejó tentar por la idea y despachó una expedición pequeña y mal comandada,¹⁴ mientras Ereñú se adhería al gobierno nacional. Ramírez tuvo tiempo de reunir tropas contra "la invasión porteña", y la expedición directorial y su aliado fueron deshechos en Saucésito (25 de marzo de 1818), con lo que las esperanzas del Director Supremo quedaron sepultadas.¹⁵

El fiasco pudo haber terminado ahí, pero tanto Pueyrredón como la Logia trataron de obtener en Santa Fe el triunfo que Entre Ríos les había negado, ejecutando ahora la segunda parte del

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

plan, antes de cumplida la primera. El paso era impolítico e iba a tener dramáticas consecuencias. Además, era innecesario en momentos en que Artigas aparecía derrotado definitivamente por los portugueses y liquidado políticamente. Tras su derrota de Queguay Chico (4 de julio), García de Zúñiga le abandonó, Otorgués fue derrotado y preso, e igual suerte corrieron Lavalleja y Manuel Artigas.

Todo aconsejaba dejar las cosas como estaban, mientras las provincias del Litoral se desembarazaban solas de la influencia de Artigas, abriendo caminos lentos pero pacíficos para su retorno a la unión nacional. ¿Por qué pues el gobierno central se lanzó a una nueva aventura militar? Estaba sumido en un gran descrédito frente a la opinión como consecuencia de las dificultades económicas y financieras, de su política ante los portugueses y de la campaña de libelos de los federales exiliados en Montevideo. Este descrédito se traducía en falta de apoyo financiero por parte del comercio, falta de consenso a las medidas de fuerza que se veía obligado a adoptar y falta de rapidez operativa en los ramos administrativos, cada día más trabados. Era un círculo vicioso que el gobierno trató de romper con una acción que le devolviera prestigio. Pero la guerra contra Santa Fe iba a hacer naufragar la autoridad nacional.

Mientras se preparaba la guerra, la oposición porteña entraba en la conspiración. En pocos meses Pueyrredón debió afrontar tres nuevos complots, dos de ellos manejados por Sarratea, y que condujeron a su destierro, junto con Posadas, Iriarte y otros, en noviembre de 1818. El tercero fue obra de un grupo de franceses vinculados a José Miguel Carrera, que terminó con la ejecución de aquéllos en 1819.

Como en el caso entrerriano, Pueyrredón contaba en Santa Fe con algunos jefes secundarios adictos, cuya importancia sobrestimó, pues desde julio de 1818 gobernaba la provincia con aprobación casi unánime Estanislao López. Santa Fe sería atacada desde el oeste por el coronel Juan Bautista Bustos con una división del ejército de Belgrano, mientras por el sur otro ejército a las órdenes de Juan Ramón Balcarce debía avanzar en forma convergente. El gobernador López demostró en la ocasión ser un militar inteligente. Atacó a Bustos en Fraile Muerto, y si bien no pudo vencer a las tropas de línea de éste, las sitió e inmovilizó. Luego corrió frente a Balcarce haciéndole guerrillas y aplicando la política de tierra arrasada, hasta que el jefe nacional, falto de recursos debió retirarse hasta Rosario, aplicando la misma técnica para cubrirse. En enero de 1819 Balcarce, desanimado y disgustado, renunció y fue reemplazado por Viamonte. Se llamó entonces a Belgrano para que concurriera a la campaña con el grueso del ejército del Norte.

Los frutos de la guerra civil estaban a la vista. Un ejército destinado a la guerra de la independencia debía ser empleado en la lucha interna, desprotegiendo una frontera sobre la cual, en ese mismo momento, los realistas iniciaban una nueva ofensiva.

Belgrano, ya seriamente enfermo, se hizo cargo de la tarea con resignación. Pero a medida que tomaba contacto con la situación santafesina, su espíritu agudo comprendía con toda claridad que no estaba guerreando contra un ejército sino contra todo un pueblo:

Para esta guerra ni todo el ejército de Jerjes es suficiente. El ejército que mando no puede acabarla, es un imposible; podrá contenerla de algún modo; pero ponerle fin no lo alcanzo sino por

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

un avenimiento. No bien habíamos corrido a los que se nos presentaron y pasamos el Desmochado, que ya volvieron a situarse a nuestra retaguardia y por los costados. Son hombres que no presentan acción ni tienen para qué. Los campos son inmensos y su movilidad facilísima, lo que nosotros no podemos conseguir marchando con infantería como tal. Por otra parte ¿de donde sacamos caballos para correr por todas partes y con efecto? ¿de dónde los hombres constantes para la multitud de trabajos consiguientes, y sin alicientes, como, tienen ellos? Hay mucha equivocación en los conceptos: no existe tal facilidad de concluir esta guerra; si los autores de ella no quieren concluirla, no se acaba jamás: se irán a los bosques, de allí volverán a salir, y tendremos que estar perpetuamente en esto, viendo convertirse el país en puros salvajes.¹⁶

Decía bien Belgrano que sus hombres peleaban sin aliciente. No comprendían aquella guerra para imponer a un pueblo un sistema político y luchaban con disciplina, pero sin nervio, contra un rival al que pasión y garra era lo que le sobraba. Los triunfos esporádicos del ejército nacional eran estériles, y como escribió Mitre, no compensaban siquiera la pérdida de los caballos que costaban.

A su vez López comprendía que su provincia se agotaba en la lucha y temió que las tropas de los Andes se agregaran a las fuerzas nacionales. Mientras Belgrano bajaba en auxilio de Viamonte, López entró en conversaciones que condujeron al armisticio de San Lorenzo, firmado el 12 de febrero de 1819, por el que las fuerzas nacionales se obligaban a evacuar las provincias de Santa Fe y Entre Ríos.

Pueyrredón aceptó esta paz provisoria impuesta por las circunstancias como una nueva demostración de la impotencia del poder central para dominar a las provincias rebeldes.

El armisticio de San Lorenzo no era sino un breve respiro tras el cual las fuerzas en pugna volverían a enfrentarse con la misma persistencia y con resultados peores para el gobierno nacional.

A todo esto, Pueyrredón consideraba que había cumplido su ciclo de gobierno, agotador como pocos. Se había dictado el 22 de abril la Constitución, la nación era independiente, Chile estaba liberado, la expedición al Perú asegurada y la paz con Santa Fe, aunque precaria, reinaba tímidamente sobre la desolación de la guerra. Era hora de dejar el timón en otras manos que no estuvieran cansadas por tantas tormentas. Sabía además que era el blanco de todas las críticas. Aprovechando el momento de tranquilidad relativa por que se atravesaba, presentó su renuncia el 24 de abril. El Congreso no veía la figura capaz de reemplazarle, pese a las críticas que se le hacían. Tuvo que insistir el 2 y el 9 de junio, y ante esta tercera presentación, el Congreso aceptó su renuncia al día siguiente. Para sucederle fue elegido el honesto pero anodino brigadier general Rondeau.

La renuncia de Pueyrredón cierra en cierto modo el proceso emancipador. El gobierno de Rondeau se vincula más bien a la inmediata disolución del poder nacional, que quedará pulverizado en multitud de poderes provinciales. El gobierno central se había mostrado inhábil, dice Mitre, para constituir la república democrática y hacer concurrir las fuerzas populares al sostén de la autoridad que nace de la ley libremente consentida.¹⁷ Convencido de que federación era anarquía —y muchos hechos lo afirmaban en esta creencia— no supo captar lo que había de profundo y vocacional en la aspiración de autonomía de las provincias. Sólo un hombre, Belgrano, comprendía el significado de la situación y procuraba mantener la paz. Tenía un interlocutor

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

ponderado en Estanislao López, que procuraba por este medio emanciparse de la tutela de Ramírez, que había heredado —gracias a Saucesito— la hegemonía perdida por Artigas. Pero Ramírez insistía en la guerra y finalmente la impuso a López en octubre. Rondeau se preparó para afrontarla con resolución. Pero los gérmenes de la disolución comenzaban a fructificar. El 11 de noviembre estalló en Tucumán una revolución dirigida por el coronel Bernabé Aráoz, que apresó al general Belgrano. Estaban cercanos los días de Arequito y de Cepeda.

Pronto sobrevendría no una anarquía, sino una poliarquía, y las provincias se darían formas institucionales sobre las cenizas de la constitución nacional. La mayoría de los hombres públicos argentinos habrá perdido de vista la conveniencia de la campaña de San Martín, que éste deberá realizar al margen de las contingencias políticas nacionales.

El gobierno de Rondeau se reduce a ser la preparación del epílogo bélico del gobierno directorial, que se consumará en los campos de Cepeda al comenzar el año 1820. Con su caída desaparece el ideal americanista de la emancipación y los sueños monárquicos, y las provincias argentinas se repliegan sobre sí mismas en busca de un orden y de un equilibrio perdidos en lo social y en lo político.

Notas

1 PUEYRREDÓN, Carlos A., *Cartas de Pueyrredón a San Martín*. Buenos Aires. Facsímiles 55 y 57.

2 PUEYRREDÓN, Carlos A., *ob. cit.*, fac. 91.

3 PUEYRREDÓN, Carlos A., *ob. cit.*, fac. 93.

4 Véase nota 1. Cuando San Martín, alarmado, ofreció el concurso de sus tropas, Pueyrredón le contestó: "Si Vd. se mueve sobre Córdoba, se perdió infaliblemente esa fuerza y se perdió el país". (Cit. por J. C. Raffo de la Reta, *Historia de Juan Martín de Pueyrredón*. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1948, pág. 329.) La previsión de Pueyrredón se cumpliría tres años después bajo el gobierno de Rondeau, con la sublevación de la división de Alvarado.

5 Citada por Raffo de la Reta, *ob. cit.*, pág. 352,

6 Citado por Raffo de la Reta, *ob. cit.*, pág. 357.

7 Museo Mitre. Documentos del Archivo de San Martín, tomo VI, pág. 192.

8 Citado por Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Buenos Aires, Estrada, 1947, tomo II, pág. 362. Sobre las ideas monárquicas en la época véase Dardo Pérez Gilhou, *Las ideas monárquicas en el Congreso de Tucumán*, Buenos Aires, Desalma, 1966.

9 En muchas oportunidades San Martín expresó su preferencia por el régimen monárquico como el más arreglado a estos países, pero en pocos documentos fue más claro que en una carta del año 1827 a Guido, cuando ya la euforia monárquica había pasado, lo que le quita a sus expresiones toda sospecha de adecuación a las circunstancias:

...por inclinación y principios amo el Gobierno republicano, y nadie, nadie lo es mas que yo: pero mi afección particular no

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

me ha impedido el ver que este género de Gobierno no es realizable en la antigua América española, porque carece de todos los principios que lo constituyen, y porque tendría que sufrir una espantosa anarquía, que sería lo de menos, si se consiguiesen los resultados; pero que la experiencia de los siglos nos demuestra que sus consecuencias son las de caer bajo el yugo de un déspota, traslado al tiempo. (Transcrita por Ricardo Piccirilli en San Martín y la política de los pueblos, Buenos Aires, Ed. Gure, 1957, pág. 274, donde hace referencia, además, a las anteriores publicaciones del documento.)

10 San Martín calificó de "geométricas" las ventajas del plan. Mitre creyó erróneamente que la expresión era irónica o respondía a un lenguaje de logia. Modernamente Piccirilli supuso, sin afirmarlo, que podía tener el sentido de "exactitud y precisión". La suposición es correcta. Según el uso de los escritores españoles de fines del siglo XVIII y principios del XIX, el adjetivo "geométrico" tiene el sentido de "acabado, perfecto y responde a la admiración por lo matemático imperante en aquella época.

11 TAU ANZOÁTEGUI, Víctor y MARTIRÉ, Eduardo, ob. cit., pág. 368.

12 Estaban divididos éstos en dos grupos: uno, representado por el Cabildo y apoyado en los tercios cívicos, procuraba librar a la provincia de la nefasta identificación con el gobierno central, pero sin negar obediencia a éste; el otro grupo era netamente separatista, partidario de un régimen de autonomía provincial y confederación; se apoyaba en los jefes del Ejército de Observación, especialmente en Díaz Vélez y Dorrego, y creía contar con la simpatía de Balcarce.

13 Artigas, entretanto, había resuelto ganar de mano a los portugueses y con ese fin invadió en setiembre las Misiones Orientales que pertenecían a Brasil. Se proponía obligarles a desviar sus fuerzas o cortarles sus comunicaciones. El error de Artigas fue arriesgar batallas campales en vez de recurrir a las guerrillas. El resultado fue su total derrota en Corumbé (27 de setiembre) y la de su segundo Rivera en India Muerta (19 de noviembre).

14 Su jefe era el coronel Luciano Montes de Oca, cuya inactividad fue una de las causas del fracaso, y obligó a su reemplazo por Marcos Balcarce, quien no pudo evitar la derrota.

15 Simultáneamente se había intentado un movimiento favorable en Corrientes, que fue neutralizado rápidamente por la acción de los jefes artiguistas Andresito (Andrés Artigas) y Campbell.

16 Belgrano al gobierno nacional. Publicada por Mitre en Historia de Belgrano. Buenos Aires, Ed. Estrada, 1947, tomo IV, pág. 25.

17 MITRE, Bartolonú, ob. cit., tomo IV. pág. 77.

Tercera Parte

La Nación Independiente

El Estado En Crisis

19. La Disolución Del Poder Nacional

El fin de un sistema

Cuando el general Rondeau asumió el gobierno nacional en junio de 1819, el proceso emancipador argentino estaba prácticamente terminado, aunque todavía no hubiese sido despejada la frontera norte y asegurada la libertad de toda América contra eventuales reacciones españolas. La guerra de la independencia, continuada por San Martín y Güemes, comenzaba a salir del foco de atención predominante de los pueblos argentinos, que se reconcentraban cada vez más sobre sus problemas interiores. El régimen directorial había cumplido su ciclo y, tras haber alcanzado su principal objetivo, había perdido su razón de ser ante la mayor parte de la población. El drama institucional, engarzado en una profunda transformación social y política,¹ dominaba la conciencia de provincianos y porteños.

En octubre de 1819 se reanudó la guerra con Santa Fe, y Rondeau decidió recurrir al ejército de los Andes, acantonado en Chile, como solución militar del problema.² Pero no radicaba en lo militar el fondo de la cuestión. En cambio, la actitud del Director Supremo importaba abandonar la campaña libertadora, hasta entonces justificativo de todas las presiones que el régimen había impuesto al país, ante la opinión pública y lo hacía aparecer simplemente como la expresión de la hegemonía egoísta de Buenos Aires.

Mientras Tucumán se sublevaba y aprisionaba a Belgrano, y el ejército del Norte bajaba sobre Santa Fe para participar desganadamente una vez más en la guerra civil, el país aparecía dividido en tres campos: el primero era Buenos Aires, identificado con el gobierno directorial a los ojos federales; el segundo era el Litoral, su rival en la pugna por la dominación; el tercero lo formaba el resto del país, espectador alerta del enfrentamiento, decidido a pronunciarse oportunamente, sin ocultar entretanto su indiferencia o disgusto hacia el gobierno nacional.

En este estado, la sublevación del ejército del Norte en la posta de Arequito, el 8 de enero de 1820, constituyó el factor desencadenante del proceso de liquidación del poder central. El ejército era desafecto a la guerra civil desde sus primeros jefes hasta sus últimos cuadros. Aun aquellos que la aceptaban, como su nuevo jefe el general Cruz, y también Zelaya, Lamadrid y Morón, lo hacían por espíritu de disciplina más que por convicción política. Para otros, como el general Juan Bautista Bustos, la situación era intolerable y se imponía rescatar al ejército de la guerra fratricida, objetivo que compartían el coronel Alejandro Heredia y el comandante José María Paz.

Pero Bustos no iba a devolver al ejército su primitiva misión de luchar contra los españoles, ni iba a seguir el ejemplo de Álvarez Thomas que se sustituyó a la autoridad nacional para modificar su orientación. El flamante general tenía un objetivo diferente: sublevado el ejército, se proponía mantener el control del mismo, desconocer la autoridad nacional, volverse sobre su provincia natal, Córdoba, y apoderándose de su gobierno, transformarla en un nuevo centro de poder,

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. García Belsunce

independiente a la vez de las influencias de Buenos Aires y del litoral, desde donde, árbitro en la disputa, pudiese hacer o imponer la paz a las otras partes en conflicto.

Dejando de lado lo que, sin duda, había de ambición personal, el plan de Bustos tenía verdadera trascendencia e iba a transformar el panorama político argentino. En 1830 su intento iba a ser reiterado por el general Paz, que no por casualidad le secundaba en Arequito, y una generación más tarde otro cordobés, el doctor Derqui, lo intentaría tímida y tardíamente para independizarse —dentro de la estructura constitucional de entonces— de la influencia de Urquiza. Bustos iba a inaugurar, pues, la presencia política activa de las provincias interiores, como entidades con personalidad propia.

El deseo de los jefes no complotados de evitar el derramamiento de sangre facilitó el propósito de Bustos. Su acción privó al gobierno directorial del único ejército de línea con que contaba y facilitó los planes de los caudillos litoraleños. Sin embargo, como se deduce de lo expuesto, y ya lo había señalado Mitre, no hubo en Arequito connivencia alguna con la montonera. Por el contrario, Bustos no olvidaba que ésta había sido su rival de la víspera y que, en definitiva, su acción estaba destinada a neutralizar el poder del Litoral tanto como el de Buenos Aires.

Ya en Córdoba, apoyándose en el grupo antiartiguista y en el ejército, se hizo elegir gobernador de la provincia, invitó a todas las provincias a un congreso, dando así forma a sus aspiraciones de mando, ofreció ayuda a San Martín y a Güemes, anuló al artiguismo local y entró en relaciones amistosas con López, para quien significó un factor de equilibrio ante la presencia dominadora del caudillo entrerriano Ramírez.

Si Arequito significó el principio del fin para el gobierno nacional, al día siguiente se agregó un nuevo signo de disolución. Un batallón del ejército de los Andes, acantonado en San Juan, se sublevó. El jefe de la división, Rudecindo Alvarado, decidió salvar el resto de la tropa y repasó los Andes, abandonando Cuyo a su propia suerte. San Juan, siguiendo el ejemplo de Córdoba y el anterior de Tucumán, se declaró independiente dentro de la nación, reasumiendo su soberanía hasta que se reuniese un congreso general. Poco después Mendoza y San Luis siguieron sus pasos, crearon ejércitos provinciales, convirtieron sus cabildos en legislaturas y formaron las tres una liga de provincias cuyanas dispuesta a apoyar el congreso convocado por Bustos.

Mientras tanto, López y Ramírez, despejado su flanco occidental por la acción de Bustos, se disponían a operar militarmente sobre Buenos Aires. La voz cantante la llevaba Ramírez, tanto por la fuerza y temperamento de su personalidad como por el prestigio logrado en sus victorias contra el gobierno central. Además, las sucesivas derrotas de Artigas a quien sólo seguían unos pocos centenares de hombres famélicos, había independizado a Ramírez de la dirección de aquél.

Cuando el general Rondeau salió a campaña para enfrentar la amenaza, si bien quedaban en la capital el Congreso y los ministros, la verdadera autoridad había pasado de hecho al Cabildo que, como dice Mitre, era dueño de la opinión, de las armas de la ciudad y tenía base propia de poder.³ El 30 de enero el Congreso nombró director sustituto a Juan Pedro Aguirre, alcalde de primer voto; con lo que se acentuó esta mutación del depósito del poder. Dos días después López y Ramírez destrozaban al ejército directorial en los campos de Cepeda.⁴

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

A la derrota siguió la alarma, pero no el pánico. Las facciones se unieron para salvar a la ciudad. La resistencia sería el medio para alcanzar una paz honrosa. En tres días se formó un ejército de 3.000 hombres en la ciudad y otro similar en la campaña a las órdenes del general Soler. Pero en la baraúnda, la autoridad del Director se había diluido y cuando regresó a Buenos Aires se sometió a los hechos ocurridos entregando al Cabildo la misión de hacer la paz. Desde ese momento el Directorio no fue sino una sombra molesta.

López y Ramírez conocían el poder de Buenos Aires. Su reducido ejército de jinetes no podía tomar por asalto ni sitiarse a la ciudad capital, donde el orgullo nativo había galvanizado la resistencia. Pero sabían también cuál era el grado de descomposición política de la capital y allí dieron el golpe, que les valió recoger el fruto que se había sazonado en Cepeda.

El 5 de febrero López se dirigió al Cabildo de Buenos Aires —no al Director Supremo— invitándole a elegir entre la paz y la guerra, agregando:

En vano será que se hagan reformas por la administración, que se anuncien constituciones, que se admira un sistema federal: todo es inútil, si no es la obra del pueblo en completa libertad.

Era la pena de muerte para la agonizante administración directorial. Inmediatamente se exigía la eliminación de todo miembro de aquella en las funciones de gobierno, para terminar ofreciendo el retiro de las fuerzas vencedoras cuando el pueblo de Buenos Aires se viera libre de los directoriales. Pero los caudillos no renunciaban a un gobierno nacional, pues ya abrían la puerta para su organización futura, privando implícitamente a Buenos Aires de su condición de capital.

Ramírez completó la ofensiva diplomática anunciando que mientras existiera el gobierno nacional sólo trataría con Soler. Este, halagado en su vanidad y resentido de tiempo atrás con los directoriales, optó por un nuevo pronunciamiento militar, y el 10 de febrero informó al Cabildo que su ejército exigía la disolución del Congreso y la deposición del Director y su elenco. Esta intimación estuvo apoyada por sus oficiales, incluso aquellos de tradición directorial como Quintana, Terrada —ex ministro de Pueyrredón y Holmberg— invasor de Entre Ríos en 1814. Los tiempos habían cambiado y este grupo de militares dieron lo que Mitre llamea, nostálgica pero verídicamente, "el íntimo puntapié a los fundadores de la independencia".⁵

El Cabildo cedió a la presión conjunta de los caudillos y trató de evitar, a la vez, que Soler instaurara una dictadura militar. Intimó al Congreso y al Director Rondeau su cese en nombre de "la salud pública", y aquéllos acataron pacíficamente. El gobierno nacional acababa de desaparecer.

Hacia la "paz perpetua"

Los meses siguientes en Buenos Aires fueron hartamente confusos y justifican el calificativo de "anarquía" que ha recibido dicho período; aunque es inexacto extender esta denominación a todo el país, pues sólo Buenos Aires, conmovida por el cambio, permaneció en ese estado mientras buscaba la fórmula política e institucional de su nueva existencia como provincia.

Autor. Carlos Alberto Floria - César A. Garcia Belsunce

Esta búsqueda fue difícil y por momentos ominosa, pero terminó por dar sus frutos. Durante siete meses, mientras se alternaban la paz y la guerra, se sucedían diez gobernadores, el viejo cabildo menguaba y daba lugar a una institución nueva, y la campaña se incorporaba a la vida política de la provincia, hasta entonces patrimonio exclusivo de la ciudad.

Febrero de 1820 fue el canto de cisne del cabildo porteño. Asumió el papel de gobernador, proclamó la disolución del poder central y renunció en nombre de Buenos Aires a su carácter de capital de las Provincias Unidas. Pero López y Ramírez sospecharon en él la influencia del partido directorial. El 16 de febrero se llamó a cabildo abierto, del que salió creada la Junta de Representantes, primer cuerpo legislativo de la provincia que, tras una breve lucha de influencias, arrebató al Cabildo el poder político, reduciéndolo al modesto papel de entidad municipal.

La nueva Junta nombró inmediatamente gobernador provisorio a Manuel de Sarratea, en cuya ductilidad de carácter y versatilidad de opiniones, los representantes vieron el hombre para la circunstancia. La misión de Sarratea era hacer la paz, y la paz se hizo al firmarse el 23 de febrero el Tratado del Pilar. Este estableció como principios para una organización nacional la idea federal

Notas

1 Véase el capítulo XVII, punto 1.

2 Sobre la reacción de San Martín a esta orden, véase el capítulo XVIII, punto 3. El propósito de Rondeau era asegurar la defensa de Buenos Aires contra un ataque marítimo y oponer a la caballería montonera una numerosa fuerza de caballería de línea que compensara la capacidad de maniobra de aquella.

3 MITRE, Bartolomé, Historia de Belgrano, Buenos Aires, 1947, Estrada, tomo IV, pág. 129.

4 Sólo la infantería, mandada por Juan Ramón Balcarce, salió indemne del campo de batalla y se retiró sobre San Nicolás, de donde se trasladó por vía fluvial a Buenos Aires. Esta maniobra fue repetida 39 años después por Mitre en la segunda batalla de Cepeda.

5 MITRE, Bartolomé, op. cit., tomo IV, pág. 158.